

cambiar nuestros defectos en

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 23 - Mayo de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com





4

Otros centros



7

Dientes de perro



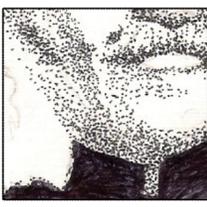
8

Los no-VIP



11

Me robaron



14

Defensa de Gabriel



17

Historia de los cafés

Universo Centro
Publicación mensual
Dirección y fotografía
Juan Fernando Ospina
Comité editorial
Sergio Valencia
Fernando Mora
Pascual Gaviria
Guillermo Cardona
Juan Carlos Orrego
Corrección
Sergio Valencia y equipo UC
Diseño y diagramación
Lyda Estrada
Distribución
Érika y los Gustavos
Asistente universitaria
Yudy Enriquez

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 23 - Mayo 2011
10.000 ejemplares
Impreso en La Patria
universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita.

www.universocentro.com

Ley en estudio

Aquí se discuten cada uno de los grandes temas el último viernes de cada mes: la guerra, el hambre, las minas sucias, las finanzas del Deportes Quindío, la vida de las clínicas. La educación fue el tema de hace unas semanas. Una apuesta por un tema viejo pero de actualidad.

El 111

Juan Guillermo Gómez García

El Artículo 111 de la propuesta de reforma a la Ley 30 de Educación Superior es el núcleo o meollo de la llamada "privatización" de la universidad colombiana: han corrido muchos comentarios, desde el rector de la Universidad Nacional, Moisés Wassermann, hasta los estudiantes. El fantasma al que se quiere combatir existe: es el Artículo 111. Es simplemente la legalización de una nueva pirámide en busca de su faraón. El Artículo —con connotaciones numéricas cabalísticas: uno, uno, uno— contempla tres "paras" en una línea; dice que el Ministerio de Educación autoriza la creación de una entidad de economía mixta —privada— FOMINVEST para captar dineros para formar una entidad para ofrecer servicios educativos a las entidades universitarias. No lo cito textualmente por respeto a los lectores de este periódico y para que no caigan de una buena vez la ministra y sus asesores. La mala redacción de este decreto se traduce así: se trata de montar una especie de EPS para la Educación Superior en la que inversores privados se convierten en institución mediadora entre la universidad pública y la sociedad en general. Así, el inversor será el próximo Zar o Tutankamon de la Universidad. No quiero pensar quiénes van a invertir en tan jugoso negocio.

La propuesta de Ley es, como las leyes de educación superior desde los años setenta en Colombia, fruto de la improvisación. Desde la ley que se le encomendó a Galán, al menos, la universidad o el sistema de educación superior va de tumbo en tumbo. Esta feria educativa de "haga su agosto", al son de Turbay et al., se deseó y hasta se logró corregir parcialmente a principios de los años noventa. El gran desafío que debe afrontar la universidad, desde hace medio siglo, es doble, a saber: formar un cuerpo profesoral altamente calificado y cubrir una matrícula masiva igualmente calificada. Ha insistido Wassermann, con toda la razón estadística en la mano, que tenemos un déficit de 600.000 estudiantes en pregrado y 40.000 en posgrado. Hay 1.700.000 en el sistema de educación superior y precisamos de al menos 2.300.000 (solo hay 600.000 en las universidades propiamente dichas, que son 80, y de ellas solo 32 son públicas; en los últimos 40 años no se ha creado una sola universidad pública, pero la población colombiana, la urbana, puede haber crecido tres veces). También se podría agregar que a principios de los años 90 se proyectó tener 10.000 profesores doctores activos en el sistema de investigación de la universidad, y hay 3.000. Esto se traduce en dos inmensos baches. No son solo cifras: son déficit o saldos rojos o descalabros. En alguna parte de la guerra se quedaron los billocintos para cubrir una necesidad prioritaria para el desarrollo nacional. Esto quiere decir tres décadas, al menos, de atraso respecto a sus propias expectativas (estándares del Banco Mundial y del BID); no tres décadas respecto a los países desarrollados: son tres décadas de atraso respecto a sí mismos como nación latinoamericana. La universidad es otro fraude a la nación.

Educación sin norte

Sergio Fajardo

La reforma de la educación superior que ha propuesto el equipo del presidente Santos es una muestra contundente de que para el gobierno la educación no es más que un conjunto de lugares comunes.

La esencia de la propuesta es ampliar la cobertura de la educación superior y para hacerlo se compromete a crear 645.000 nuevos cupos para el año 2014. La solución mágica es, simplificando, la inversión privada, que ante semejante mercado tiene los incentivos para crear esos cupos, previos unos *artilucios* que permitan que la educación superior se pueda hacer por negocio.

Era natural pensar que esta propuesta de reforma tendría un excelente soporte, con estudios rigurosos, pero no, no hay nada serio en ella. Más allá de unas cifras insulsas que hablan de coberturas y la bien conocida explicación de que personas con algún tipo de educación superior tienen mayor posibilidad de conseguir un empleo formal, no hay mayor cosa. No hay una sola referencia sobre la clasificación de las instituciones educativas colombianas de acuerdo a su calidad, no sabemos a qué proyectos regionales responden, no se dice nada acerca de la ubicación territorial de los nuevos cupos, ni aparece por parte alguna la relación que tienen con los aparatos productivos, ni con la política de competitividad del país, ni con la innovación ni el emprendimiento. No sabemos de dónde van a salir los profesores para cubrir con calidad esos nuevos cupos (ejercicio: ¿Cuántas Universidades

Nacionales se necesitan para cubrir 645.000 nuevos cupos?), no sabemos cuántas universidades son hoy lucrativos negocios encubiertos.

Se habla de la educaciones técnica y tecnológica, pero no tenemos ni idea sobre qué se está haciendo en esos temas, ni quién lo está haciendo; no se explica, por ejemplo, el papel que jugaría el Sena, y mucho menos los resultados y el impacto que esta institución ha tenido en los últimos años, ni su articulación con el Ministerio de Educación. No existe una evaluación de los programas universidad-empresa-estado que hoy están en marcha. Ni del programa de Ceres que se ha utilizado para extender la cobertura a la educación superior rural.

No es sería la reforma. No plantea la más mínima sugerencia sobre posibles formas de enfrentar el problema de la deserción, que se acerca al 50% de los estudiantes que ingresan a la educación superior. Ni siquiera tiene un estudio de mercadeo para justificar la existencia de los agentes privados que entrarían al negocio.

El rector de la Universidad Nacional, Moisés Wassermann, ha demostrado cómo la educación superior pública se mantiene en un estado vegetativo, que de no cambiar, le limita la posibilidad de asumir un papel protagónico en el desarrollo del país. Propone — y comparto plenamente esa idea — la creación de nuevas universidades públicas, en oposición a lo que piensa el gobierno. No es una utopía, es una apuesta política. ¿Qué tal, por ejemplo, un impuesto al patrimonio para la educación?

Sólo promesas

Alejandro Gaviria

Más allá de la discusión sobre la autonomía universitaria o sobre el futuro de la universidad pública o sobre la privatización de las universidades, el proyecto de reforma a la educación superior es una "escurrida de bulto", una "lavada de manos", una delegación de responsabilidades. Veamos.

En el proyecto de ley, el gobierno fija primero unas metas bastantes ambiciosas de cobertura y calidad. Propone llevar la cobertura de 34% a 50%, reducir la deserción de 48% a 40% y duplicar el porcentaje de instituciones acreditadas. Hasta aquí no hay problema. Todos los gobiernos fijan metas ambiciosas. Exageradas. Pero dos preguntas surgen inmediatamente: ¿de dónde va a venir la plata? y ¿de qué manera, dada la congestión existente, va el gobierno a avanzar en la regulación y en la acreditación?

El proyecto de ley responde a estas preguntas de manera casi olímpica. Como no hay recursos suficientes, supone simplemente que la expansión de las universidades pri-

vadas, con o sin ánimo de lucro, permitirá cumplir la meta de cobertura. Como no hay capacidad institucional suficiente, supone igualmente que surgirán acreedores privados que harán lo que el Estado no puede hacer. "Yo fijé las metas, otros las cumplen", es la idea del proyecto. Es una salida fácil. Una forma, ya lo dijimos, de "escurrir el bulto", de evadir retóricamente el problema.

Además, pueden anticiparse desde ya algunos problemas. Las universidades de garaje, las viejas y las nuevas, podrán ahora comprarse un acreditador que certifique su calidad. Habrá muchos dispuestos a poner el sellito por unos pesos. Cabría, entonces, preguntar, ¿quién acredita a los acreditadores? ¿Quién protege al público de esta suerte de liberalismo utópico? ¿Puede el Estado simultáneamente abdicar a la financiación y a la regulación de la educación superior?

Me temo que ninguna de estas preguntas tiene respuesta. Resumiendo: el proyecto fija metas y evade responsabilidades. Así es muy fácil.



Daniel Pacheco. Ilustración www.coste.me

Tanto frente a la Casa Blanca, que queda muy cerca de la universidad George Washington, como en la Zona Cero, próxima a la Universidad de Nueva York, los embriagados gritos de las siglas del imperio — "iu! ies! ie!, iu! ies! ie!" — venían de jóvenes que crecieron en medio de la trama del 11 de septiembre. Pasaron casi diez años hasta que dieron con Osama.

Los estadounidenses entienden su vida nacional como una pequeña historia del mundo: con héroes, villanos, amenazas, y siempre reivindicación. En el devenir americano (para los americanos) están en juego los valores supremos de la humanidad y la continuidad de la civilización como la conocemos. Cada generación escribe para sí misma un capítulo en esta saga, para darse un lugar, para revitalizar el legado de excepcionalidad en ese largo libro de la libertad y la justicia, by the United States of America.

Empieza con la derrota al colonialismo inglés, sigue con la derrota al fascismo alemán y al comunismo soviético, se empantana en el sur de Asia, pero no importa porque retoman el sendero victorioso con Saddam Hussein.

Pero entrado en los noventa se perdió el hilo narrativo de una generación entre pequeños conflictos, en países pequeños y difíciles de pronunciar, donde nadie estaba seguro de a quién estaban matando, y más aún, quiénes eran los suyos muriendo. Soldados profesionales, uno aquí, un par allá, diluidos entre 300 millones de ciudadanos cada vez más desentendidos de la tradición de su nación.

Entonces, del cielo cayó la nueva historia. El 11 de septiembre, dos aviones comerciales pilotados por terroristas derribaron las torres gemelas de Nueva York, otro desportilló el Pentágono, y el cuarto se estrelló en un bosque, según el cuento, gracias a un grupo heroico de pasajeros que logró evitar las intenciones terroristas. Fue sin ninguna duda el mayor ataque de una fuerza extranjera al territorio estadounidense.

Leon Weislietter, editor de *The New Republic*, una revista política de Washington, recuerda en un artículo reciente sobre la muerte de Osama la sensación después del 9/11.

Paz, ni en su tumba

Guillermo Cardona. Ilustración www.coste.me



La muerte (o el frío asesinato) de Osama Bin Laden en Pakistán y la posterior desaparición del cadáver, traen a cuento en Colombia los casos de Víctor Julio Suárez Rojas (a. Mono Jojoy) Luis Edgar Devia (a. Raúl Reyes), y mucho tiempo atrás, sin querer meter a todos estos personajes en el mismo costal pero sí en la misma larga y cruenta guerra, el de Camilo Torres, el cura guerrillero.

En cuanto al temible Mono Jojoy, luego de morir en un bombardeo en el Meta en septiembre del 2010, su cuerpo fue a parar a un cementerio del sur de Bogotá (Jardines del

Apogeo, se llama), contrariando el deseo de la familia que quería darle sepultura en Cabrera, Cundinamarca, su pueblo natal. Mañas de un juez, que en lugar de la Constitución y la ley, interpretó el sentir del presidente Santos.

Algo un poco más truculento ocurrió con Raúl Reyes, que cayó en 2008 en un bombardeo del Ejército de Colombia en Sucumbios, Ecuador, y de cuyo cadáver el gobierno de Uribe no quiso dar cuenta sino, al parecer, a una familiar a quien, dicen, se le informó el lugar donde descansan (y dejan descansar), los restos del llamado canciller de las Farc.

No es mi intención establecer ningún paralelo, pero con Camilo Torres pasó algo más o menos parecido. Sin terminar de colgar los hábitos y antes de que pudiera "recuperar" el fusil para entrar a su primer combate, el cura guerrillero ya estaba muerto y el gobierno de Guillermo León Valencia se negó a revelar el lugar donde fue sepultado por la tropa. El operativo, que se presentó en Patio Cemento (San Vicente de Chucurí) en 1966, lo dirigió el entonces coronel Álvaro Valencia Tovar, quien asegura que le informó a un hermano de Camilo dónde estaba el cuerpo; varios años después se lo entregó, y el hermano, dice el general Valencia, se llevó sus restos no se sabe a dónde. Y como el mencionado hermano ya se murió (esperemos que

al menos de él sí se sepa dónde está enterrado), el paradero del cuerpo de Camilo sigue y al parecer seguirá envuelto en el misterio.

Llama la atención en estos casos que el expreso temor de los gobernantes respectivos sea que, si se entrega el cadáver a la familia y se le sepulta a la vista del público, el caído se va a convertir automáticamente en un héroe. La lógica carece de sentido, pues ¿no se vuelve más fácilmente héroe el combatiente cuyo cadáver queda en manos del enemigo? Su cuerpo desaparecido es símbolo de grandeza, por pequeño que sea el personaje, al menos más que unos simples restos mortales que, salvo casos excepcionales, siempre terminan sepultados por el olvido.

En fin, los intrépidos estratégicos de las guerras asimétricas son tan inciertos que se confunden justicia y venganza. En cuanto a los resultados positivos para la confrontación están por verse, pues si bien en la guerra no convencional las diferencias en armas, tecnología, poder de fuego, dinero y digamos hasta en legitimidad de las partes son abismales, la fracción más pequeña, caiga quien caiga, queda en capacidad de seguir haciendo daño.

Entre tantas confluencias, el contraste en el caso de Bin Laden y de los guerrilleros colombianos, es decir, entre Barack Hussein Obama II y Valencia, Uribe y Juan Manuel Santos, es que ninguno de nuestros mandatarios ha recibido el Premio Nobel de la Paz. ☪

iu es ei

"El aislamiento americano había sido deshecho. Fue uno de esos momentos —nuestra fuerte y afortunada historia nos ha librado de muchas tales epifanías— cuando uno reconoce otra vez que el país de uno, este país, importa..."

Epifanía para el curtido Weislietter de casi 60 años, trauma para los niños de doce. El silencio de sus padres aterrados frente a los televisores, el miedo paranoico que desde entonces se aferra a los lugares públicos. La sensación de nunca poder estar seguro en una nación que más se preocupa (y gasta) por estar segura.

La culpa del terror en este caso es para un villano: Osama bin Laden. En la historia los hay y habrá peores, pero Osama era especial en el sentido que se llevaba todos los créditos. La responsabilidad última de la afrenta no la tenía un país, ni una religión, ni un territorio, sino un tipo con barba y su cuadrilla suicida. Enmarcado de esa forma, la única forma de resolver la trama del 9/11 era matando al villano.

Por eso, aunque no mostraron la foto de su cadáver, el gobierno y los medios se aseguraron de complementar la hazaña militar con el asesinato del personaje. "Drogado con heroína y sapeado por su esposa... Los últimos minutos de Osama bin Laden", tituló el periódico amarillista *National Enquirer*. "¡No soy yo!...", se lee en el *lead* del artículo, "...Llorando como un bebé, el loco de Al Qaeda Osama bin Laden murió cobardemente mientras intentaba convencer a los soldados americanos de que era el hombre incorrecto". La victoria final vino cuando incluso Osama se niega a sí mismo.

La contundencia de este desenlace como una victoria de todo el país se consolidó rápidamente. En la mañana del lunes, Rush Limbaugh, el locutor de radio de extrema derecha más crítico del gobierno demócrata, abrió su programa diciendo "Le doy gracias a Dios por darnos al presidente Obama." Ese tipo de palabras, viniendo de un hombre que sostiene parte de su audiencia de 20 millones de personas por ser un intérprete de la obra de Dios en la tierra y en la política, fueron un testimonio sagrado para sellar la victoria. Por un momento, incluso las barreras ideológicas más fuertes en un país polarizado cedieron para hacer posible un punto final consensuado a la historia del 9/11.

"Se hizo justicia", declaró un Obama sobrio ante la nación, luego de explicar que los restos de Osama reposaban en el lecho del mar. De nuevo, Estados Unidos triunfaba ante los retos que la historia le ponía por delante. Por encima de todos los obstáculos, al final del cuento el país recuperó ese lugar supremo e invencible en el mundo. Así se cuenta la historia de Osama bin Laden en las entrañas de Estados Unidos. ☪



Una cerveza en Guayaquil

Wilson Orozco. Ilustraciones Lyda Estrada. Cachorro

Como buen profesor universitario, me invento cualquier ponencia internacional sólo para conocer Quito. Turismo académico que llaman. Y decido visitar a un excompañero de trabajo que reside en esa letárgica ciudad. En otras palabras, necesito hotel gratis. Él, cómo no, me sirve de guía turístico y no contento con eso quiere que vayamos a Guayaquil en plan de machos. Y me sorprende la mala imagen expresada por los quiteños cuando comunicamos nuestro plan. Todos exclaman:

- ¡No vayan allá, mejor vayan a Salinas!
- ¡Los costeños son arrebatados!
- ¡Son malosos!
- ¡Es muy peligroso, matan a la gente como si fueran animales!

Creyéndonos muy chistosos, gracias a todo eso es que decidimos ir.

Nos recibe un calor y un pegote insoportables. Caminamos por un bulevar que aspira ser Miami gracias a sus restaurantes de comidas rápidas y marcas internacionales. Para cambiar de escenario, vamos a un barrio regenerado y adornado con las fotos de lo que fue el antes y el después. Al lado de las fotos aparece el nombre del alcalde que tuvo la amabilidad de semejante acto de regeneración: Jaime Nebot. No sé por qué no puedo dejar de pensar en Fajardo y su eterna campaña de autopublicidad.

Caminamos por el barrio regenerado, escalamos un cerro que tiene en su cima un faro y por supuesto es necesaria una pausa con cerveza incluida.

Vamos a una tienda. Un señor sin camisa nos atiende y nos dice:

—No, no puedo vender cerveza. Esto es una zona regenerada y si los ven tomando, me multan.

Entonces optamos por una Pony Malta, bebida de campeones. En pleno Guayaquil, Ecuador.

En la noche seguimos en la búsqueda de nuestra esquivada cerveza. Intentamos coger un taxi y uno pirata nos para. Nos montamos y le decimos al conductor que queremos tomar cerveza y por ahí derecho ver mujeres.

—¿Mande?

—Cervezas y mujeres.

—Ya... el problema caballeros es que gracias al pendejo de Correa, hay prohibición de vender licor los domingos y los lunes por lo del apagón. Por eso no hay nada abierto. Pero yo tengo mis contactos... aguarden no más.

El tipo es una bestia. Maneja como las bestias. Se pasa semáforos en rojo, habla por celular y no respeta a las autoridades que sirven de semáforos humanos:

—Hola preciosa, mira aquí tengo a dos caballeros que quieren *fastidiar* un ratito. No, no son de la policía. Bueno, te esperamos en la estación de gasolina.

Por una razón misteriosa nunca apareció nuestro contacto que nos iba a vincular con las cervezas y las mujeres. Pero nuestro conductor no se vara y fuera de eso no se quiere despegar de nosotros.

—Vengan no más los llevo a un lugar cerca de mi casa. Es de toda la confianza. Porque aquí no es de irse metiendo en cualquier lugar. Pero les advierto que solo hay cerveza.

—Bueno, decimos a la vez.

Llegamos a un barrio que parece más que peligroso. Nuestro conductor se baja, habla con alguien. Luego nos hace descender. Quien nos recibe es una tierna abuelita. Saca dos cervezas. Nos hace sentar en los desvencijados y rotos muebles de su casa. Ella está nerviosa, nosotros también. Mejor, yo también.

—Los recibí porque son recomendados por el conductor. Toda la vida lo he conocido. Me dijo que eran dos cervezas y que ustedes se iban.

La cerveza que nos da es una Pilsener y es enorme. Entonces hay que tener paciencia.

—¿Y ustedes son casados o solteros?

—Casados.

—Ya. Los dejé entrar porque son recomendados por el conductor.

A los pocos minutos entra un tipo que tiene cara de haber degollado a cientos de turistas inocentes que se toman una cerveza a escondidas de las autoridades correistas. La abuelita nos dice que es su hijo.

No nos saluda. Eso me pone más nervioso todavía. Y gracias a mis nervios y a mi paranoia mi imaginación sí que empieza a trabajar: *“Esta viejita tiene una red de ladrones y matones, el falso taxista nos venía siguiendo hacia horas, el falso hijo tiene una fábrica de grasa humana con la cual hace jabones, la viejita es Vitto Corleone que con la señal de un dedo nos puede mandar para una mejor vida”*.

Al rato toca la puerta otro tipo. Éste sí nos saluda. Pero está borracho o trabado. Mi imaginación sigue trabajando: *“Éste debe ser el del hacha. El falso hijo va a levantar nuestras extremidades y va a jalar para que el descuartizamiento sea más fácil. Sí, eso es”*.

De nuevo la abuelita nos pregunta:

—¿Y ustedes son solteros o casados?

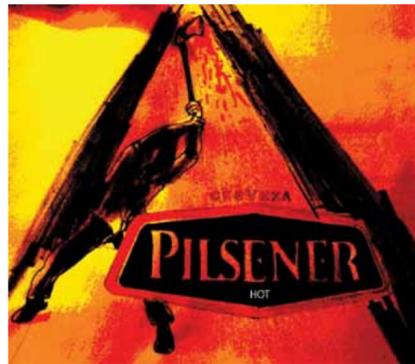
—Casados, repetimos.

—Ya, los deje entrar porque son recomendados. Solo le vendo cerveza a gente conocida. La policía por ejemplo, cuando está en servicio, viene y se toma sus chelitas.

—Ya, decimos a la vez.

El falso hijo y el tipo del hacha suben al segundo piso y luego bajan de nuevo. El falso hijo trae algo envuelto en una toalla.

“Ése debe ser el picahielos con el cual van a empear su macabra labor... hijueputa, hijueputa, hijueputa...”, repito como si estuviera embelesado con un



mantra. *“Debí haberle hecho caso a los cientos de quiteños que nos aconsejaron no venir a este antro de ciudad”*.

La abuelita señala una foto en la pared y nos dice:

—El de la foto es mi otro hijo. Se murió hace 15 años. Muy buen hijo que era. Estudió economía y llegó a ser gerente del Banco de Guayaquil. Veía por mí, por eso es que ahora me tengo que dedicar a vender cerveza a escondidas.

“Claro, se quiere ganar nuestra confianza y tal vez mostrarnos otra foto y luego el del hacha llega por detrás y ¡tan!”.

Nunca me había tomado semejante tanque de cerveza tan rápidamente.

—Bueno, señora muchas gracias. ¿cuánto le debemos?

—Dos dólares pero no se vayan que mi hijo les tiene una sorpresa.

El hijo se acerca con el objeto envuelto en la toalla. Sonríe por primera vez. Y de la toalla saca una botella de aguardiente.

La querían compartir con nosotros, los monstruos de Guayaquil. ☹

Irás sobre la vida de las cosas con noble lentitud; que todo lleve a tu sensorio luz: blancor de nieve, azul de linfas o rubor de rosas.

Y que llegues, por fin, a la escondida playa con tu minúsculo universo, y que logres oír tu propio verso en que palpita el alma de la vida.

Enrique González Martínez

Confiamos en un mañana mejor

Línea Confiable: 444 10 20 Medellín
www.confiar.coop

UNIVERSIDAD EAFIT
Abierta al mundo

Abierta al mundo

escuela de verano Universidad EAFIT

Del 20 de junio al 7 de agosto de 2011

Inscripciones y matrículas hasta el 10 de junio de 2011

Información sobre los cursos en: www.eafit.edu.co/escueladeverano

o llama a la línea de atención al usuario (57)(4) 4489500 opción 5

El Eslabón Prendido presenta:

Truchas y algo menos
RESTAURANTE

Clle 53 No. 42-55
Tel. 239 3400

Abierto domingo a domingo

haylibros.com

Biblioteca de POESÍA COLOMBIANA

<http://goo.gl/D2zt> <http://goo.gl/O5eC8> <http://goo.gl/83Shx>

Servicio a domicilio

Lunes a sábado
Venta de licores y confitería
Cerveza

Cra 43 Nro 52-65
Tels. 239 5180 - 239 6044

Cigarrería Girardot

Peces de otras aguas



Fernando Mora Melendez

Después de los trajines del entierro de papá, mi hermano me propuso que fuéramos a Long Island, con el pretexto de visitar a Susan, una amiga pintora que Mario había conocido en una exposición.

Ella abrió la puerta de su cabaña, en compañía de una gata de Angora. Pero apenas entramos se puso un sombrero y nos dijo que la siguiéramos, lejos de casa. Aún tenía los bríos de una muchacha para caminar por el sendero de gravilla, hasta la playa.

A pesar del calor veraniego, el mar traía algo de las corrientes del Ártico. Ninguno de los tres pareció interesado en chapuzones. Nos dedicamos a estirar las piernas junto al acantilado y a dar cuenta del vino con hielo que Susan nos pidió traer en su nevera portátil.

Nos contó que esta playa no tenía permiso de turismo y que apenas la frecuentaba uno que otro jubilado gringo de los alrededores.

Le pareció curioso que llegara una familia entera a pasar la tarde en un lugar tan apartado y sin mayores atractivos. Era un grupo numeroso con ropas humildes y un acento que parecía una mezcla entre mexicano y ecuatoriano. Solo los niños hablaban en inglés. Una de ellas vino a preguntarle a Susan si podían prender una fogata. Ante la negación, las vimos vagar por las rocas, sin ánimo, recogiendo piedras y restos que arrojaba el mar.

Mientras Mario extendía una manta en la arena, Susan me señaló un islote que asomaba justo al frente de nosotros. Los tres hombres de la familia de inmigrantes caminaban hasta allí para probar suer-

te con sus cañas de pescar. "No me voy de aquí hasta no ver cómo sacan el pez", dijo ella, con una risa escéptica.

Entonces nos sentamos a ver los brillos del cielo que cambiaban, a trazos rápidos y con el fondo agitado de las olas. Varias veces tuvimos que extender más lejos la tela porque el agua helada venía a empapar la conversación.

El final del día parecía una plácida sinfonía cuyo efecto nos distrajo a tal punto que sólo un grito de pesadilla: "¡Salven a mi papá!", nos hizo volver a este mundo.

La marea había ocultado gran parte del islote. Dos de los pescadores habían logrado salir de la zona profunda, pero un tercero trataba inútilmente de agarrar la vara que otro le extendía. Su cabeza pugnaba por salir a la superficie, pero cada vez con menos fuerza. Debí haber gritado auxilio, pero ninguno de nosotros lo escuchó, excepto la niña que quería encender el fuego.

Susan se quitó los zapatos, pero mi hermano le advirtió del peligro de tratar de salvar a alguien que no sabe nadar. Él y yo corrimos un largo trecho hacia un toldo. Sentí que los pies me pesaban como si fueran de cemento. No encontramos más que unas esculturas hechas con troncos podridos. Éramos los únicos veraneantes del lugar.

Al regresar, vimos a los tres hombres de pie en pleno mar. Resignados a su suerte, me parecieron una versión del *Ángelus* de Millet. El agua ascendía para cubrirlos. Los niños sollozaban, las mujeres miraban pasmadas hacia el horizonte cada vez más borroso. Pero de pronto irrumpían en unos

llantos sin consuelo, que apenas se interrumpían para lanzar frases desesperadas en alguna lengua indígena.

Ya no veía las siluetas a lo lejos, cuando escuché a Susan que trataba de explicar la ubicación, por el celular, a la policía.

De pronto, llegaron dos agentes, miraron por binóculos, hablaron por radio e indagaron a la niña sobre su procedencia: ¿Qué hacían en una playa no autorizada? ¿Quiénes eran los que estaban en el mar? Las mujeres se movían de un lado a otro, sin entender. Entonces escuchamos el rugir de un buque que lanzó un potente chorro de luz sobre los hombres del islote. Les gritaron indicaciones para facilitar la subida a cubierta; y como éstos no entendían inglés, el rescate se hacía más difícil. Al final los vimos alejarse como un punto de luz en alta mar. Las mujeres y los niños lloraron de nuevo; y uno de los agentes explicó que era imposible que el barco fondeara en esta orilla y por eso debían desembarcarlos en otro puerto. El regreso por tierra tardaría algún tiempo. Mario había escuchado el susurro de uno de los guardias cuando dijo: "Wet backs", espaldas mojadas, que es como se refieren los gringos a los ilegales que cruzan la frontera del sur por las aguas del Río Bravo.

Dimos vuelta atrás. En casa de Susan, aún bajo el efecto pasmoso de la experiencia, apuramos el resto de vino que todavía quedaba, mientras mirábamos los cuadros de la artista. Era asombroso: en muchos de ellos había cuerpos que luchaban por salir a flote en el océano.

Dientes de perro

Ignacio Piedrahíta. Ilustración Cachorro

Al amanecer, mi ánimo está intacto. Me visto y arreglo un pequeño bolso de mano mientras miro por la ventana: me parece que el cerro permanece en una paz inmutable. Me da la impresión de que gran parte de su encanto está en esa indiferencia a la aprobación de la mirada ajena. Ayer he interpretado esa actitud escéptica como una manera de presumir de su belleza. Pero esta mañana pienso que es, más bien, confianza en sí mismo. El Fitz Roy encuentra la dicha nada más que en su materia rocosa.

Desayuno ahí mismo en la posada. Según los guardabosques, la mejor vista del cerro se consigue desde una laguna llamada De los Tres. Para llegar hasta allí debo tomar un camino en dirección a las montañas, que asciende lo suficiente como para verlo de cerca.

Parto de inmediato y comienzo a subir por una colina no muy alta y arbolada. Con los primeros pasos siento el resuello agitado y no siempre agradable de la respiración. A estas alturas del viaje trato de no quejarme del esfuerzo que a menudo me impone la naturaleza.

Camino receloso de que el sendero se empine demasiado, cuando siento fuertes pasos detrás de mí. Rubios y enormes, dos escaladores con grandes mochilas a su espalda me alcanzan dando zancadas. Las cuerdas y los piolets que bailan atados a su equipaje alcanzan a intimidar mis discretos pasos. Me detengo al costado para darles vía libre. Su paso es audaz. A juzgar por sus ropas ligeras, es evidente que consideran tibio el aire helado que baja de los glaciares a esa hora temprana. No les falta equipo de montaña, es más, se ve que llevan encima la última tecnología. Sin embargo, su fortaleza no proviene de esta última, sino de su experiencia.

Enfundado en mi abrigo reparo con secreta admiración en sus musculosas pantorrillas, motores de quién sabe qué proezas en la geografía del mundo. No interpreto como engrimiento el parco saludo que me conceden. Al contrario, me parece que son personas sencillas, sin fingimientos, capaces de grandes empresas. Puesto que íntimamente están encaminados a la acción, me parece justa esa ausencia de palabrería.

Camino un rato sin novedad, hasta que la neblina del cerro me hace recordar a Pitágoras, quien decía que la Tierra es un ser vivo con pulmones que exhalan fuego a través de mil respiraderos.

Para nosotros, hoy en día, esos respiraderos son simples volcanes. Sin embargo, pienso que en aquel tiempo la geología estaba muy cerca de la poesía, lo cual me habría ahorrado muchas explicaciones al pasar de la una a la otra. Desgraciadamente no me tocó vivir en esa época misteriosa.

Me pregunto qué creerían los indígenas que daba origen al humo de su montaña, ¿sospecharían también de un ser vivo bajo la tierra? En cuanto al nombre, Fitz Roy, es especial, pienso, mientras se me acelera el corazón por el esfuerzo de la subida. Es espe-

cial porque recuerda al comandante del barco en el que navegó Darwin. Es más, fue Fitz Roy quien lo invitó a bordo para tener con quien conversar –y así desterrar el fantasma de la depresión, que ya había cobrado la vida de su tío-. Sin embargo, un título más bello y más siniestro es el de Montaña Humeante.

Un poco después llego a la parte superior de aquella primera colina y compruebo que el sendero desciende de nuevo suavemente hasta el verdadero pie de la cordillera. A pesar de la diferencia de altura que el recorrido debe cubrir, este es en su mayor parte tranquilo y bastante llano, aunque, según el mapa trazado por los guardabosques, se reserva el ascenso fuerte para el final.

Momentáneamente, la imagen del pico desaparece entre la arboleda y le da reposo a la mirada. Así puedo atender a lo más inmediato: árboles de frondosas ramas que se dejan acariciar por el aire, un pasto bajo y dócil en los descampados, y unas rocas de aspecto rojizo que asoman a unos pasos del camino.

Estas piedras no parecen ser de la misma familia que las de la Montaña Humeante, no solo porque no parecen coincidir en la composición, sino porque su aspecto es más bien chato, como si fueran parte de un cuerpo contrahecho y nudoso. Sin embargo, me gustan estas fracturas y este aspecto malogrado. Vale la pena tomarlas unas fotos. Su color rosa fuerte parece salir desde atrás de los líquenes negros que la han colonizado. Los fragmentos de la misma roca, dispersos entre las fisuras, están también recubiertos de musgo, como si no hubieran sido tocados por el tiempo.

Voy ganando terreno entre las rocas y salgo al camino un poco más adelante. Allí, el sendero vuelve a ascender suavemente hasta alcanzar la cima de otra colina, desde donde se puede ver, en medio de un azul sin mancha, la figura de piedra del cerro.

Ahora no hay una sola nube que cubra su forma angular. Su cuerpo de granito surge recio y nítido desde la nieve, como mostrando que la roca puede más que el hielo en remontar el cielo. Junto a él yace un grupo de picos menores, con los que conforma esa dentadura de perro del infierno que parece gruñir a la bóveda celeste. El aspecto unánime y en concordia con sus hermanos da la idea de una inexpugnable fortaleza. Sin embargo, entre todos, él marca una senda, un estilo, un tono quizá, que los demás reciben como guía de una melodía de las alturas.

En uno de estos picos, el cerro Torre, es que Werner Herzog filmó su enigmática contienda de escaladores, *Grito de piedra*.

Para Empédocles, después de Pitágoras, el mundo es una esfera cuyo reinado se disputan las fuerzas del Odio y del Amor. El Amor, por sí solo, pretende hacer del mundo una esfera perfecta, pero el Odio, con su caos, le responde imponiéndole el desorden.

Me pregunto entonces si lo que veo ahora es producto de esa ira. Tanto los árboles como las colinas sobre las que voy andando, incluidos los flan-

Hay quien piensa que los libros de viaje han caído en desgracia desde que, armado de una buena cámara digital y de un blog con exquisitos videos, cualquier hijo de vecino puede regalarnos el simulacro de una aventura. Sin embargo, una mirada fina volcada en prosa inteligente es un tesoro guardado, hasta ahora, nada más que en papel. Prueba de eso son estos párrafos robados de un libro recientemente publicado en Medellín.



cos de piedra de la Montaña Humeante, podrían mirarse como consecuencias de esa lucha. En suma, un mundo que permanece en un débil equilibrio y en el que el Amor y el Odio pueden ganar o perder terreno en cualquier momento. Yo mismo soy producto de esa lucha, y el equilibrio no puede ser otra cosa que la inestabilidad de la vida.

Vuelvo entonces a mirar el pico detenidamente, con ojos renovados. La parte más alta de su forma canina muestra un leve tono naranja, mientras reserva un gris metálico para las partes más bajas. Sus fracturas, ahora más visibles, están lejos de imprimirle una idea de fragilidad; al contrario, acentúan su figura de igual manera que las cicatrices hacen parecer a un hombre más enigmático y no pocas veces más atractivo.

Me parece que la actitud impasible del monte oculta de alguna manera cierta indiferencia hacia el resto de la

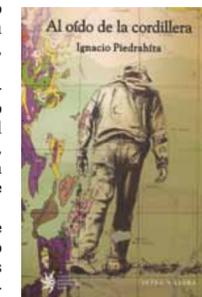
cordillera, incluso, un ocio displicente hacia todo lo que lo rodea. Si desde el poblado lo he percibido como escéptico a la mirada del hombre, desde esta distancia es evidente que reclama esa mirada. No pide que se le apruebe, es cierto, pero sí que se le preste atención. ¿Hay en él, quizá, algún asomo de vanidad?

Seguramente, el enorme volumen de las montañas y el espacio que estas han ganado a través del tiempo, son para él un espectáculo grotesco y sin sentido. El poder establecido de las grandes cumbres de los Andes centrales, al norte de allí, lo impulsan a esa actitud apática, incluso anárquica. No creo que sea un acto de orgullo, sino de goce, el de no pertenecer a nada. Me parece que tal libertad es la que lo hace ver protegido contra cualquier azar, al igual que esas personas cuya única y poderosa arma en la vida radica en sentirse dueños de todo sin tener nada.

taller
EL AQUELARRE
 ¡No dañes a nadie, haz lo que quieras!

elaquelarretaller@gmail.com
 facebook/elaquearre taller
 Medellín

cohete.net



Al oído de la cordillera
Ignacio Piedrahíta.
Fondo Editorial EAFIT, Medellín, 2011



Los no-VIP en la noche del exceso

Jenny Giraldo. Ilustración Joni b

Nos preparábamos, dos amigas, un amigo y yo, para una noche faraónica. Una imitación de la Esfinge de Guiza, con problemas de proporción en el trazado de sus patas, nos daba la bienvenida. Desde la fila observábamos la estatua sobre nuestras cabezas y, a su alrededor, pequeñas imágenes de egipcias y egipcios evocando la región de Tell el-Amarna. En la entrada, un musculoso hombre de seguridad nos hacía aguardar el turno de ser requisadas, mientras una mujer de voz delgadita — con ese dejo propio de las paísa— nos regalaba una tarjeta plástica que la que podríamos regresar totalmente gratis. Luego el cover, y luego más seguridad.

Adentro, dos opciones nos fueron ofrecidas: consumir una botella o consumir dos. “¿Media? No, solo botella. ¿Una? Está bien, adelante las ubico”. Y en ese territorio asignado, al lado de los rimbombantes baños, éramos parte de los pocos a los que el dinero no los hacía merecedores de una mejor vista. Fuimos quizás el grupo que menos consumió, incluso en esa zona de la discoteca: La zona no-VIP.

Compramos la botella: la más barata, la de aguardiente local con tapa azul, que se acercaba a los 100 mil. Sus compañeras de carta —una botella de tequila de 140, champaña de 390 o “whiski” Sello Azul de 890— solo se veían en mesas como la que abría la segunda zona: un grupo de ocho en el que se encontraba un oriental de ridículo bailado, español imposible y voluptuosa latina a su lado. Un baile rayado, a simple vista, entre extranjero y prepagó.

Vienen las bondades del servicio de los no-VIP: tienen derecho a cigarrillos gratis y mentas del balcón de fumadores, y a dos ensaladas de zanahoria y mango; tienen derecho a bailar y a ser interrumpidos por los desfiles de mujeres que permanentemente entran al tocador (un tocador con planchas y secadores para el cabello que yo quizás no necesitaba, pero ellas sí, que debían retocar sus mechones por cada canción bailada y cada gota exudada, porque tienen que ser bellas toda la noche... ¡Un exceso innecesario para una jornada de fiesta, que por defecto incluye despeine y maquillaje corrido!).

Un tour rápido por la bodega que hoy es discoteca me permitió entender que sería, para mí, la noche del exceso. Estaba sorprendida con las columnas egipcias que sobresalían en la pared; miré con curiosidad la zona VIP, dentro de la discoteca, vigilada por macacanes; quedé descremada con el reloj de la mesera, que vibraba cuando tocábamos el timbre de la mesa; pedí varios cigarrillos en la noche, porque eran gratis; y nunca había pagado 90 mil pesos por una botella de guaro.

Esa noche cumplía años “La Patrona”, doña Miriam; así la llamó el cantante de rancheras, el de salsa romántica y el que “iba a prender la noche”, según me había sido indicado seis horas más temprano, en una precavida llamada telefónica con la que quise prever qué me esperaba esa noche: tres shows musicales que se presentaban en un escenario al que nuestra mirada no-VIP no alcanzaba.

Ya en la noche del exceso, tres hombres exhibían sus musculosos pechos y sus pelvis marcadas, apenas cubriéndose con disfraces de Anubis y del mismísimo Tutankamón. Las mujeres se acercaban, se acercaban demasiado; sonreían, se fotografiaban y se exhibían en una página web en la que quedaba constancia del mucho maquillaje y de la poca ropa. Los hombres tomaban prestados los atavíos de los modelos egipcios y, sin cuerpos para lucir pero con mujeres para mostrar, se sentaban en el trono y, aunque no sabían si eran reyes o faraones, sabían, sí, que en la noche del exceso podían demostrar cuán poderosos son.

La sala de belleza permanecía activa. La hora del retoque era todas las horas, de las cinco que estuve. Con tantas mujeres, son escasos los parejos, los hombres que van de conquista o de “levantar”. Pero uno lo hizo: se acercó, bailó y, sin que pasara media canción, fue retirado con sutileza y sin escándalo. Un colado en la discoteca, a pesar de la seguridad excesiva, de los corpulentos guardianes y del control para ingresar. “Pidió prestado el baño y se quedó”, me dijo uno de ellos, cuando pregunté por el que bailaba con mi amiga, porque ese era el colado. Lo raro es que presten el baño. Ese fragmento de la historia quedó perdido... ¿Exceso de amabilidad?

Yo quería camuflarme, lo confieso. Quería hacer parte de ese desfile que sonaba a taconeo, carcajadas y vocecitas que cantaban vallenatos, reguetones y rancheras; quería parecer una de ellas, confundirme entre la licra, los brillantes y los pelos planchados. Pero mi falda, si bien era muy corta, se disimulaba con gruesas medias negras; mis senos eran muy pequeños para el promedio, y mi escote, nada revelador. Una de mis amigas, a través de sus gafas, observó con cuidado y luego comentó ser la única. “Gafufa entre las fufas”, dijo. Así, imposible camuflarse.

Un viernes más, un sábado más. Así es siempre. “Siempre es especial”, me dijo el señor que contestó el teléfono cuando llamé a averiguar por los shows de la noche. Y mientras me paseaba entre las luces de colores, los cuerpos en movimiento, las meseras disfrazadas de egipcias y los hombres disfrazados de faraones y deidades mitológicas, me reafirmé inmersa en la noche de los excesos. Excesos para mí, claro, y quizás para usted. Pero no para ellos, y para ellas menos: se maquillan con exceso de base, que se agrieta con el sudor; bailan y se mueven con el exceso que permiten sus diminutas faldas; se ríen en exceso y llevan tacones excesivamente altos que adornan la osadía de sus impúdicas prendas.

En medio del exceso, la cuenta llegó, y la noche acabó rayando las cuatro de la madrugada. Tras gastar un presupuesto que, para mí, alcanza para tres noches de fiesta, esperé un taxi en la movida zona de industriales, que a esta hora iba quedando en silencio. Permanecía en la acera el señor del cajón de cigarrillos que, cinco horas antes, también había observado la abrupta llegada de una camioneta de vidrios oscuros de la que descendió un cincuentón escoltado. El cigarrero no se sorprendió, y yo, que antes de entrar me había fumado un cigarrillo a su lado, sentí la agresividad de la camioneta, que, aún estando en la acera, por poco me atropella. Ignorar a esa hora lo que había detrás de la Esfinge de Guiza y no acostumbrarme a ello, convirtieron esa noche en la del exceso. Ahora que no lo ignoro, si decido regresar con el pase que me dieron, a pesar de que no estaré sorprendida, no dejaré de verlo como hoy lo cuento. ☹

Los mundos traslapados

Eduardo Escobar.

Este año ha sido pródigo en acontecimientos memorables; en cenizas, brillos, juicios, oprobios, desafueros, revueltas y corrupciones. Donde no llueve, venta, y si no sopla, tiembla. No todos se dan el lujo de desenterrar un Papa muerto de una muerte penosa al cabo de una hiriente senectud, con el fin de declararlo beato. Ni casan un príncipe insulso vestido de payaso con una plebeya en flor, de ojos febriles. Las multitudes de Inglaterra consagran la boda con aplausos, el corazón en los labios, y del otro lado del mundo millones deambulaban entre los escombros de sus bienes anegados por la furia oceánica. Todo revela este año, con una rara gravedad, lo que se sabía: que la historia resulta de una combinación de mundos contrarios que se traslapan en una incoherencia monstruosa.

Los cardenales como mariposas asiáticas. Los diáconos con roquetes nuevos agitando incensarios. El tumulto de los caballeros de industria de esta caballería internacional en el ritual del beato. Los que persiguen mucamas por los hoteles, los que desfondon los bancos, las naciones, los olímpicos y famosos que cantan en las fiestas de los ricos y felices, y frívolos, en pecado mortal. Miren. Van trajeados con lo mejor de las sedas del gusano, con los diamantes inodoros extraídos de socavones africanos. Y todo señala la anormalidad: la esclavitud negra convive ahora mismo con los derechos del hombre y el ciudadano y los reactores termonucleares. Y el tsunami devuelve la gente, en un tris tras, a la condición precaria de la horda. Pero la fiesta debe seguir. Y el partido de fútbol. Y el prodigio de los medios multiplica la reedición romana de una costumbre vetusta, con una historia retorcida, mientras se casa un príncipe anglicano y los soldados de algún rey acribillan a tiros una plaza atestada.

El hombre es, entre los animales de pelo, el más malicioso y ambiguo y el único que necesita de los símbolos para arroparse de sí mismo. Y es también el único que cree que evoluciona, aunque sigue siendo básicamente igual a sí mismo. La antigüedad desenterraba a sus papas para juzgarlos, vilipendiarlos y arrojarlos al basurero. La modernidad convirtió la inhumación en homenaje. Pero los santos fueron ultrajados en ocasiones con el patíbulo diseñado para los criminales, los criminales condecorados, y los santos equívocos.

Henri Pirene, en uno de sus libros de reseñas de la Edad Media que enriquecieron la charla de los cofrades adictos a la letra imprenta en mi generación —hace años, a propósito de la pasión por las reliquias en esos tiempos oscuros de espejismos—, se refería a los peligros que corrían las almas bondadosas y los soportes efímeros de sus cuerpos mortales, en las aldeas del medioevo sembradas de campanarios, aromadas por los pedos crepusculares de la diablamenta y acosadas por turbas de franciscanos descalzos y dominicos calzados.

Al parecer, según el autorizado erudito, la gente estaba tan loca —según los parámetros de la salud mental convenidos en este siglo científico— que cuando un vecino empezaba a difundir el famoso olor de santidad, que es el mismo de azúcar quemada de las agonías de los diabéticos, le deseaban una muerte pronta y provechosa. Y

cuando se moría para cumplir los deseos de sus vecinos, por caridad, se le mutilaba para hacerse al calcañal de su pie de buenos pasos, o a la falange de una mano bienhechora, y cuando no alcanzaban las costillas, a una brizna de hilo del astroso traje. Y decía Pirene que, cuando el santo de marras no se moría de buena gana de consunción, de viejo, o por un romadizo complicado con la atrabilis de la melancolía —porque no entendía la caridad o no le daba la santa gana— se le concedía desencarnar a la fuerza. De eso se encargaba un sacristán con delirios —Pirene no lo dice pero conociéndonos es lícito suponerlo— y fuerza de picapedrero, cuya parroquia necesitaba el adorno de un despojo que le diera prestigio al umbral de una puerta o al corazón de un presbiterio con un florero de azucenas perpetuas. Una tibia, un diente con su carie, una escama de sangre seca, el cachumbo de un pelo desnutrado.

Pero el mundo progresó y sus habitantes ganaron en seriedad. La teología se convirtió, con el concurso de los concilios sucesivos, en una ciencia sería como la alquimia o la premonición del Tarot. Establecieron el canon y dictaron las normas para reconocer la auténtica santidad. Y se reglamentó el trato que debía dárselos cuando —hasta hace poco se decía rendir el espíritu— estiraban la pata roñosa para siempre. La higiene como hoy se entiende era una perversión, y el simple baño una concesión a la sensualidad. No cualquier patán podía dárselas de santo porque llevara puesta siempre la misma cara de arrobado o curara leprosos cantando salmos en latín. Que dicho sea de paso fue la lengua que impulsieron las burocracias vaticanas para dirigirse al buen Dios, que habla hebreo.

Las santas burocracias establecieron la institución del abogado del diablo, un gran tinglado burocrático, el escalafón de los venerables, los beatos y los santos, la necesidad de tres milagros ciertos; para evitar que se colaran los mañosos en el santoral, los meros raros, a veces simples pobres que pretendían pasar las hambres obligatorias por abnegación. Como María Nieves Ramos. Una señorita cundiboyacense, falsa estigmatizada, que decían que no necesitaba comer porque se abastecía con sus virtudes. Lo cuenta Cordovez Moure en sus Reminiscencias de Santafé. María Nieves quiso darles gato por liebre a los tribunales eclesiásticos. Hasta cuando alguien descubrió que los estigmas se los fabricaba ella misma, artesanalmente, con la llave de un portón que ocultaba en el corpiño. Y el ayuno lo paliaba lo mejor que podía con la provisión de mogollas que cubría con enaguas y faldas.

La intuición es espantosa pero razonable. La humanidad, entregada a las ciegas tareas propias de su naturaleza, acabó amurallada en una impedimenta de artilugios y palabras y creencias de loca, desde el Fiat Lux y la palanca de Caín hasta el teléfono portátil. Arrastrada por la inercia de las cosas necesitadas de realizarse, de desarrollos, y ansiosa por encontrarse. Era inevitable que el ingenio de la maleta se juntara con el genio de la rodachina. La bestia obedece uncida al yugo que le imponen los objetos. Cosificada, se dice.

La historia, más que la historia de las ideas según la falsa idea que se hacen algunos, es la historia de una servidumbre. Ya se dijo que no fue la generosidad lo que hizo injusta la esclavitud sino la cosechadora que la hizo inútil. Y el

proletariado será redimido del viejo esfuerzo por la sofisticación de la máquina, no por la lectura de los panfletos de Kropotkin.

La beatificación, el sismo, la catástrofe técnica, la corrupción financiera, los matrimonios de los príncipes con sus plebeyas, la superchería, la trivialidad, el pánico, la mala fe, el error técnico y los profetas que advierten contra las trampas del conocimiento y la superstición. Todo se mezcla como en el tango famoso: el beato, contra todo lo santo que simboliza, sirvió a la farsa de la religión convertida en aparato oficinesco y al ocultamiento culpable de los obispos y los simples curas pervertidos, para retrasar el hundimiento de la nave de la iglesia, apoyado en un báculo lleno de desprestigios. Y el príncipe, el figurón en una familia desabrida, también nos recuerda que el Hombre, con mayúscula, o el hombre en minúscula, es apenas un antropoide desvalido que se figura que piensa y que se siente libre, cuando es a lo sumo el funcionario al servicio de los horarios de las cosas que lo arrastran hacia el cumplimiento de unos fines arcanos. Y ahora debo irme. Me está llamando el pito de la cafetera. ☹



Camilo Restrepo
Screaming pope



Me robaron

Colectivo Papabomba

Más allá de los datos estadísticos, que son alarmantes en Medellín, se ha vuelto a sentir la zozobra, ese aire de inseguridad de otros tiempos; el centro de la ciudad, lugar temido y poco frecuentado por un número importante de la población, se encuentra en el deshonroso primer lugar en cifras de atracos reportados, y estamos completamente seguros de que, por mucho, es el número uno en atracos no reportados pero sí perpetrados. Un artículo de algún periódico local resaltaba como preocupante el hecho de la disminución en los reportes de los hurtos, asunto que en el fondo causa cierta indignación, pues la noticia no debería ser la falta de denuncia sino el exceso de atracos. Y es que la gente, las pobres víctimas, aún con los nervios de punta, se acercan a un CAI o estación de policía, ponen su denuncia y encuentran inactividad por respuesta, pese a que en aquel lugar ya conocen al ladrón, a la pandilla, al combo, al grupo delincuencial que se turna las calles con la policía. Un agente policial, sin levantarse de su puesto, toma el reporte, mira a sus compañeros de turno, expresa su desazón frente a un nuevo robo en el mismo sector, advierte que en efecto es una zona muy peligrosa y que sólo en ese día se han reportado cinco robos; imprime la infructuosa denuncia que es firmada por el desposeído, a quien le toman sus datos como simple formalismo pero con la certeza de que no pasará nada más. Parece, pues, que la no denuncia de los hurtos tiene que ver con lo ineficaz del acto; el robo objeto de la denuncia es conocido por un policía barrigón sentado tras un escritorio, el denunciante, unos cuantos amigos y, por supuesto, el ladrón; pero hasta allí llega el actuar del ente de control y del propio ciudadano que inútilmente exige una solución, de suerte que ya en otras esferas queda el

adolorido grito del denunciante: ¡Me robaron y punto! (<http://goo.gl/maps/HILY>).

Visto el desalentador escenario del nivel de hurtos en Medellín y la escasa solución, un grupo de artistas de la ciudad, amantes del centro, hemos querido sentar nuestro punto de vista al respecto y para ello hemos obtenido la valiosa colaboración de *Universo Centro*.

Inspirado en la exitosa campaña de seguridad vial de las Estrellas Negras, el Colectivo Artístico Papabomba presenta la propuesta *Me robaron y punto*, con la cual pretendemos que cada denuncia de hurto no se quede en un escritorio, sino que, en efecto, tenga los componentes de una verdadera denuncia, así como las estrellas negras mostraban el aterrador panorama vial del país con aquellos símbolos de accidentalidad y muerte. Hoy queremos demarcar el aterrador panorama de inseguridad en el centro de la ciudad, queremos que la gente reconozca el símbolo del atraco para que tenga cuidado en su diario transitar, queremos también que el asaltante sepa que ya sus lugares favoritos para el delito han sido señalados; igualmente queremos mostrar al cuerpo policial aquellos puntos de especial cuidado, no porque no lo sepan, sino porque una vez marcados ya no pueden ser ignorados. Pondremos un punto en el lugar del robo aunque sabemos que son miles, por ese motivo hacemos un llamado a los lectores de UC que conocen o han sido víctimas del robo en el centro de la ciudad para que vía internet lo señalen en el mapa que para ello hemos dispuesto en <http://goo.gl/maps/HILY>, o nos escriban a industriaspapabomba@gmail.com contándonos lo ocurrido y nosotros procederemos a fijar el punto en el lugar que nos indiquen, si no es que el lector prefiere marcarlo pegando el inserto que encontrarán al interior de este ejemplar de UC.



SOY PRENSA

Sergio Valencia. Fotografías Albeiro Lopera "9". Reuters

Apenas doce horas después de que las Farc dejaran La Caucana vuelta un madero, llegó Albeiro Lopera a fotografiar los detalles de aquella nueva tanda de bala, pipetas y pavor. El método que aplicaban él y el reportero con que compartía apartamento había dado resultado otra vez: "Nos manteníamos pegados del radio, a dos turnos, uno de cinco de la mañana a tres de la tarde y otro hasta las doce. Ese día dijeron primero que por allá se había metido un grupo armado, y nosotros pilas, después que iban tres muertos, y cuando dijeron que iban cinco, de una, vámonos...", cuenta el curtido fotógrafo de Reuters, distinguido por todos como el "9".

Ese 15 de abril del 2001 en que la guerrilla se metió a la vereda La Caucana del municipio de Tarazá, en límites de Antioquia y Córdoba, en las laderas del disputado centro de negocios conocido como el Nudo de Paramillo, para escarmentar a los paracos y aterrar a los pobladores; ese Domingo de Pascua, digo, marcó el final de una de las semanas más feroces, pues días antes fueron asesinadas más de 30 personas en el Alto Naya, Cauca, y más de 40 en Isnos, Huila. Por eso el reportero andaba con las alarmas encendidas, con su equipo portátil de revelado listo para meterse en el primer carro que pasara y aterrizar en el lugar de los hechos.

Al "9" le tocó pagarle el doble a un taxista para que lo llevara desde Cauca hasta el caserío incendiado: "después vi que se lo merecía porque con su carrito pasó hasta por donde se varaban las camionetas de las autodefensas. Era un baquiano". El recorrido de 2 horas por una cuasitrocha terminó en las goteras porque el "9" decidió quedarse a ver los campesinos que huían en buses de escalera, en lugar de seguir a los periodistas hasta el centro de la población, donde ya no disparaban los insurgentes pero todavía humeaban los escombros. Algo sospechó el sabueso, y tenía razón.

Mientras la gente empacaba apresuradamente costales con mercado, male-

times y niños, unos tipos con uniforme de camuflado lanzaban decenas de fusiles que recibían sus compañeros para esconderlos en el capacete de las chivas, entre las cosas de los campesinos. Necesitaban desocupar las caletas antes de que llegaran las otras autoridades, las legítimas, y la prensa preguntona.

Por estar concentrado en las fotos del embarque, no advirtió que uno de los paramilitares se bajó de un salto, y en un segundo lo tuvo agarrado del cuello y lo arrodilló a la fuerza. "¿Vos quién sos?" "Prensa", le dije. "Vení a ver un momento", y me puso el fusil en la cabeza. "¿Quién sos hijueputa?" "Prensa prensa..." vea el carnet. Y lo coge y llama por el radio: 'Erre, erre, que aquí hay un man que dice que es prensa'. '¿De dónde es?' le preguntan. 'Yo no sé leer'. 'Asegúrelo', le ordenan. Yo que oigo 'asegúrelo' y ahí mismo me oriné en los pantalones. Pero no era el día porque le marca el otro man: 'Erre... erre... esperate que ya voy'. Al minuto llegó, vio el carnet: 'Es de Reuter, pero es que aquí no podés estar gonorra, andate con los periodistas', y me pega un culatazo y una patada. De ahí en adelante pusieron un man a grabarme, me perseguía, todo el tiempo detrás con una cámara y yo más azarao, y para colmo orinao".

Mientras caminaba hasta el centro del poblado, sacó el rollo de la cámara y dañó las fotos, no fuera que lo volvieran a agarrar y comprobaran que lo pilló. Es un ejercicio de autocensura de sobrevivencia que ha hecho muchas veces; aunque cree que "hay que mostrar todo lo que está pasando para que no vuelva a pasar", no se las da de héroe. Quedó con las que tomó cuando por fin apareció el ejército y se tranquilizó. "Me encontré a la señora de la foto. 'Ay, señor, ¿usted quién es?', me preguntó. 'Soy prensa, respondí'" y esta vez su declaración no encrespó a nadie. "Ay, por favor, dígame al presidente que mire cómo nos están maltratando, mire mi rancho — y empezó a llorar—, dígame que nos están matando".

Cuando el "9" dejó la masacre de La Caucana sólo se sabía de tres civiles

muertos, según el informe oficial. Tal vez la cifra aumentó, pero cómo saberlo si según testimonio de Beatriz Álvarez, directora del Hospital San Antonio de Tarazá, publicado al otro día por *El Espectador*, se recibieron 30 personas heridas de bala. "Atendimos aquí a todos los heridos que llegaron, sin importar de qué bando fueran, cumpliendo con el Derecho Internacional Humanitario. No logramos un registro médico de las

identidades puesto que todos tenían un alias, y tan pronto como fueron dados de alta, ellos se retiraron", precisó.

Nadie notó el húmedo accidente del "9". De vuelta en el taxi vieron a un grupo grande de soldados matando una vaca que les había regalado un ganadero de la región. Cuando la degollaron, se orinó. "Uf, ese olor a orines se quedó clavado dentro del carro", se quejó el conductor. Y Albeiro no dijo ni mu. ☞

Cada foto que nos muestra el "9" tiene su historia. Vemos la de un perro reinsertado que exhibe una larga cicatriz en la barriga; lo pillaron cargando heroína y ahora trabaja para la policía antinarcóticos. La de unos cadáveres macheteados a los que por alguna razón les echaron sal encima antes de borrarlos en descampado. La de 60 estudiantes de la Universidad Nacional que el ELN secuestró en el oriente antioqueño y que a la hora de devolverlos no se querían ir del monte. Y las de otras masacres.

Y sigue buscando fotos buenas aunque "hoy hay mucha competencia porque todos los medios necesitan rápido las imágenes, y por muy cruel que haya sido una tragedia, si alguien la transmite primero y se publica, ya no importa lo que manden los demás". Hay que salir a buscar otra, y por buscarla volvió a mojarse en los pantalones en la comuna 13, ensanduchado entre dos fuegos.

Tiene, eso sí, una ventaja: Puede entrar más fácil que sus colegas a cualquier escena de un crimen pues es Reuters y, según dice, aquí las autoridades y los bandidos le tienen terror a que las atrocidades aparezcan en El Colombiano, en Quihubo o en Teleantioquia. "Dónde van a ver eso, preguntan. Ah, es prensa internacional, entonces hágale".

Mientras encuentra dónde volverse profesor de reportería gráfica para enseñarle a los jóvenes todo lo aprendido en el terreno, el "9" continúa cubriendo esta guerra nuestra de nunca acabar.



Fije su punto para que después no diga: ¡Me robaron y punto!

Instrucciones para fijar su punto:

Diríjase al lugar en donde fue atracado, y teniendo en cuenta que en este ejemplar sólo se suministra un punto, verifique que no se encuentre por allí el atracador o uno potencial, ni tampoco un agente de policía. Tome su punto y esparza por el revés el pegamento previamente elaborado de acuerdo con algunas de las fórmulas que presentamos a continuación:

Preparación del engrudo

Disuelva dos cucharadas de harina previamente tamizada en medio vaso de agua fría. Luego agréguela a medio litro de agua hirviendo. Adicione una cucharadita de azúcar y lleve la mezcla a fuego lento. Cocine hasta el primer hervor.

Pegamento vinílico (colbón, acronal o semejantes)

En un recipiente vierta igual cantidad de pegamento y agua. Revuelva hasta obtener una mezcla homogénea. Una vez engomado el punto, tómelolo de los extremos como indica la figura, sin vacilación descárguelo en el lugar escogido y con las palmas acaricie suavemente el papel para eliminar burbujas y permitir una óptima fijación a la superficie, luego de ello, retirese discretamente del lugar.

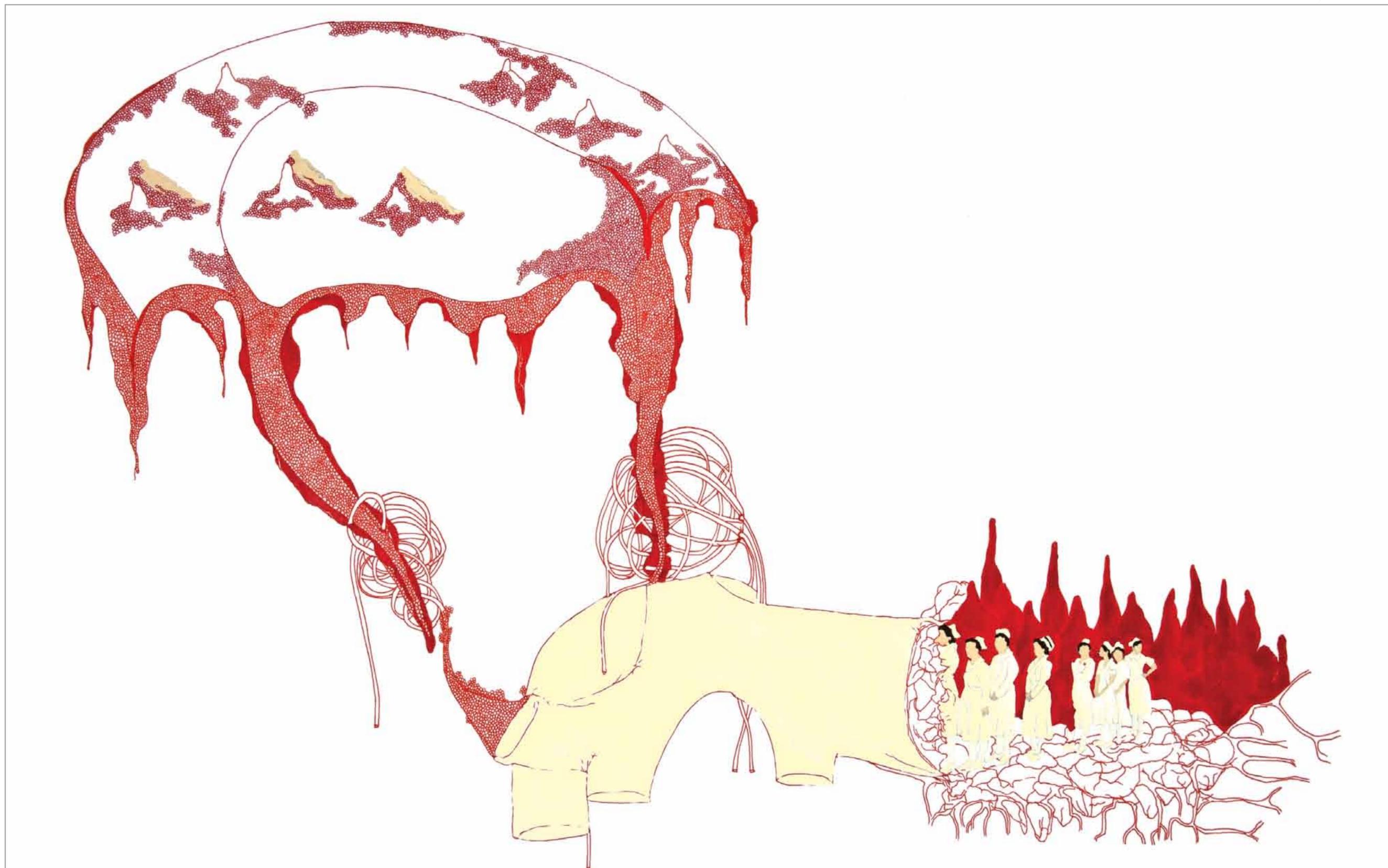


La señal de **Me robaron y PUNTO** que acompaña este periódico, es para pegarla en la esquina, muro, poste, EPS o cualquier otro lugar donde le haya aligerado la faltriquera. Pero si por casualidad está leyendo UC de gorra o le sustrajeron con astucia el inserto a su ejemplar, puede bajar la imagen de nuestra página www.universocentro.com, imprimirla a su gusto y tamaño y fijarla en el lugar de sus quebrantos, según las instrucciones que vienen en esta misma página.

BUEN Y MAL LADRÓN

—Esto por acá es muy peligroso—dijeron cuatro tipos con cara de pocos amigos que me salieron al paso en La Playa frente al Pablo Tobón Uribe—. Lo mejor es que se vaya.

El más alto y mal encarado de los cuatro se ofreció amablemente a acompañarme hasta la Oriental, donde podría conseguir transporte. Yo de inmediato giré por Córdoba hacia Caracas con la intención de facilitarle las cosas al forajido y por Caracas bajamos en busca de un bus de Manrique. El tipo se vino hablando —¡quien lo creyera!— de la inseguridad de Medellín, de estas calles que de noche se vuelven intrasitables y de los vagos que viven de arrebatarle a los demás lo que se ganan honradamente. En todo estuvimos de acuerdo. El cuadro disociativo cerró el círculo poco antes de llegar a Girardot, cuando el hombre aprovechó la oscuridad, me empujó contra el muro de una casa y me apercuelló desde atrás. Para mi sorpresa no estaba armado y no sé de dónde saqué arrestos para oponer resistencia y terminamos dando vueltas en el piso, hasta que en una de esas el sobaco del señor ladrón quedó justo frente a mis narices. Tenía una chucha nauseabunda y putrefacta, fácilmente admisible entre las proscritas armas no sé si químicas o bacteriológicas. A mí el sofoco y el asco me provocó fue risa. El hombre también sonrió (hasta a él le debía de oler maluco) y sin asomo de ira y con fuerza descomunal me puso boca abajo y de un tirón arrancó los bolsillos traseros del jean y salió corriendo, llevándose de trofeo un pañuelo sucio y una billetera vacía, porque, y eso me dio más risa, en el bolsillo de adelante llevaba la plata pal taxi. La billetera se perdió, pero todos los documentos me los dejaron en la Emisora de la U. de A., a la mañana siguiente. ☞



Esteban Ortiz
 DE LA SERIE PAISAJE HOSPITALARIO II
 TINTA Y ESMALTE SOBRE PAPEL
 1M X 70CM

"Las figuras del mártir y el verdugo se confunden entre las prácticas clínicas. Esta relación va más allá de ser paciente, cuando se juega a dominar y aparecen los disfraces. El cuerpo embadurnado está listo para ser abierto, en un ritual violento, dejando brotar a toda luz la sangre, mientras se está despierto y en contacto con los muertos, cuando se retiran los órganos, se cose de nuevo y desaparece el vientre."

Arte central de UC
 con el apoyo de



Defensa inútil de Gabriel García Márquez

El último libro de Gabriel García Márquez es una recopilación de discursos viejos, con un retintín de loro mojado insinuado en la misma carátula. Se dice, además, que el escritor de Aracataca anda a los tumbos en la nube espesa de sus 84 años. Uno de sus lectores, con olfato un tanto siniestro pero innegable devoción, ofrece esta suerte de obituario anticipado.

Orlando Arroyave Álvarez. Ilustración Verónica Velásquez

Guionista, maestro y poeta

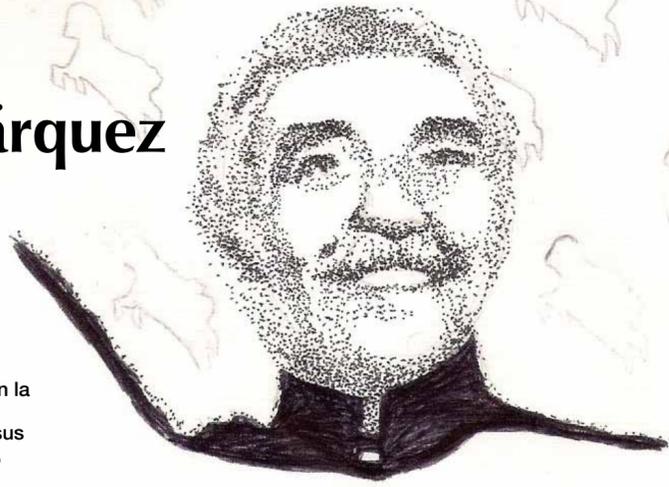
Es un lastre el talento, la gloria literaria de Gabriel García Márquez. La literatura colombiana de las últimas décadas se construyó contra él: era campo minado, referente evitado, una sombra espantada en cada página. Detuvo, si se quiere, la imaginación de la literatura colombiana: cualquier eco fantástico (que algunos nombran, con la imprecisión de lo que nombran, como “mágico”) era percibido como plagio, y había en ese rechazo un horror con rostro de sacrilegio: sólo un Dios podía regentar tanto prodigio.

El prestigio de Gabriel García Márquez proviene de la promesa casi inadmisiblemente de que se trata de un clásico. Imposible apostar a ese augurio precoz, pero él es la expresión que más se asemeja con lo que entendemos por “clásico”: referente local y mundial que ha sobrevivido como memoria por varias generaciones, y produce placer e inspiración a lectores y creadores. El clásico se funde con el habla cotidiana y con la cultura toda. Si nos declaráramos románticos, tendríamos que proponer que esa obra refleja varios tiempos —y aún culturas— en un solo espíritu. “Clásico” se le ha dicho a mansalva a otros escritores, como Anatole France.

Cuando se dio la fama de *Cien años de soledad*, se la emparentó con *El Quijote* y a su autor con Cervantes. Una desmesura. Pasolini fue más allá: llamó “impostor” a García Márquez. Ya en los años sesenta, el italiano percibía en *Cien años de soledad* “el ridículo” de que se tratara de una obra maestra; afirmaba que era “la novela de un escenógrafo o de un utilero, escrita con gran vitalidad y profusión del tradicional manierismo barroco latinoamericano, casi para uso de alguna gran casa cinematográfica norteamericana (si todavía existiesen) [...] Los personajes son todos unos mecanismos inventados —en ocasiones con espléndida habilidad— por un guionista: poseen todos los tics demagógicos destinados al éxito espectacular”.

Gabriel García Márquez puede ser ese guionista con guiños populacheros que aspira a una superproducción, mas, para su desgracia, un escritor de guiones imposibles, esto es, sin posibilidad de hacerse cine. Después de *El otoño del patriarca* fue más explícita esa búsqueda imposible de guiño cinematográfico; uno de sus libros puede leerse radicalmente como tal, con pretensiones de reportaje novelado: *Crónica de una muerte anunciada*. Las generaciones de escritores colombianos, posteriores a los grandes éxitos mundiales de Gabriel García Márquez, aprendieron de la ambición secreta de este escritor: que sus novelas tuvieran su espejo en una versión cinematográfica (o al menos en una telenovela).

También cabe conjeturar que García Márquez es algo más que un guionista de películas posibles o improbables. *La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad*, algunos de sus cuentos, sus primeras crónicas periodísticas, *El otoño del Patriarca* —su mejor novela, sin descontar su falso empaque de sueño o pasadilla con aire de decorado—, *El amor en los tiempos del cólera* y su libro de recuerdos suelen ser aquilatados como “obras maestras” (si es que esta expresión puede sobreponerse a la industria cultural, que padece cada temporada de un legión de obras maestras, recién estrenadas, en su catálogo de novedades de verano o invierno en los países de estaciones, o en la temporada de ferias del libro en el trópico).



Tras estos libros de turbias pretensiones de guionista-novelistas, cabe añadir otra confusa conjetura: se soñó poeta. O con más precisión, un escritor con ambiciones de artista; aunque hubo de resignarse a una poética de la imaginación esperpéntica y surrealista del contador de historias de estas tierras caribeñas. Se soñó Faulkner o Woolf, pero se resignó a la estirpe de Scherezada, con su imaginación adobada de trópico.

Se tropezó, a disgusto, con una poesía de oropel, de poeta confiando demasiado, casi con fervor, en los adjetivos que se resignaban a empollar prodigios. Antonio Caballero reprocha esa, en apariencia, virtud de García Márquez: “pájaro preso en una jaula de oro. [...] [que se convirtió] en una reja manierista”. En sus últimas obras (exceptuando algunas páginas de *El amor en los tiempos del cólera*) busca escapar de la reja, diseñando frases sin adornos para ofrecer una poesía sin barroquismo y con un cierto vaho poético. Con el tiempo, del lirismo sin frenos, con pretensiones surrealistas —como aquellos enredijos sin resuello de desmesura maravillosa, propios de *El Otoño del patriarca*— pasó a una concisión narrativa casi famélica.

Las orejas afiladas del político

Siempre han asomado, entre páginas y declaraciones de García Márquez, las orejas del “escritor social” (expresión un tanto hiperbólica o eufemística que se puede reemplazar por “político”). Se ha pronunciado contra las “tiranías de derecha”, ha suscrito las revoluciones de Cuba o Centro América en los años de tiranías y de utopías socialistas... Sin embargo, su pasión fue la política local colombiana.

A lo largo de sus más de cuarenta años de hombre público con olor a clásico, el efecto político de García Márquez siempre fue importante para Colombia. Todos los políticos, unos más (Belisario), otros menos (Samper, Uribe, Pastrana) —exceptuando a Turbay, quien lo envió al exilio con su anticomunista y criminal Estatuto de Seguridad—, sabían que había que invitar a Gabo a Palacio; a una sede política, a una comisión de sabios, o darle un saludo en los discursos presidenciales, siempre tan inútiles. Ningún presidente colombiano podía quedarse sin una foto con él. Gabo parecía corresponder a esos requerimientos con entusiasmo. En 1971 hizo una confesión: “Leo prácticamente nada. Ya no me interesa. Leo reportajes y memorias, la vida de los hombres que han tenido poder; memorias y confidencias de secretarios, aunque sean falsas”.

Su función como escritor político consistió, en parte, en caminar como compañero de ruta de los pobres del mundo y en particular de los de América Latina (esa “patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas”, como exclamaba con un tanto de imprecisión hiperbólica al recibir el Premio Nobel), lo que en síntesis es un lirismo sociológico de difusos vitalismos independentistas, un tanto barroco, propio de la “Guerra Fría”. Dijo: “La violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amarguras sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad”.

Un escritor social con pocas luces como pensador político, podría glosarse como moraleja luego de leerlo con admiración. Inclu-

so se le ha reprochado ser un idiota, como si fuera propagandista involuntario de sus taras. Eso vociferó Efraim Medina, el más lenguaraz de los escritores de su generación: “El hombre, no el escritor, es un idiota y no hay que poner mucha atención a lo que dice un idiota. [...] Así como García Márquez ha enriquecido el mundo con sus narraciones lo ha empobrecido con su presencia. Su literatura es buena pero carece de pensamiento, ¿cuál es el pensamiento garciamarquiano? Ninguno. Cada vez que abre la boca nos avergüenza. Creo que en su caso la única razón para quererlo que tendrían sus amigos es sus libros ya que como persona ha demostrado ser un pequeño y mezquino adorador de dictadores, alguien que babea por cualquier cosa que huelga a poder, así sea un podercito sucio y barato”. Medina puede entonar el poema de Hördelin (“Odio profundamente la turba de los grandes señores y de los sacerdotes, pero más odio al genio que se compromete con ellos”), pero ya nos resignamos a que ese idiota se erija en el Escritor Nacional Colombiano.

El marketing de un creador

Ha triunfado Gabriel García Márquez. Un nombre. En el imaginario promedio de los colombianos, es un escritor garantizado. Poco o nada importa que a sus obras se les notaran los decorados, los apuros del escenógrafo; los adjetivos que no querían empollar más prodigios. La fama suele, casi en forma inexorable, matar al gran autor. Lo mata el apremio de complacer a sus admiradores, la “atroz adulación al amo” que reprochaba Pasolini.

Se le alaba cualquier creación, como si García Márquez fuera una fábrica de obras insuperables. Pero también se le conmina al silencio. Algunos, aún los menos lúcidos —que hacen legión en Colombia—, exigen con furia su silencio. Los más ufanos lo quieren llevar, como a un párvulo, a una clase magistral de primeras letras. “Gabo no sabe escribir”, “Un escritor de imperfecciones que triunfa”, claman los principitos y sastrecillos de las letras colombianas. Para comprobarlo se hacen antologías y torneos nacionales para descubrir el “error gramatical” de “nuestro premio Nobel”. Los gazaperos, esos buitres gramaticales, siempre estarán muy alimentados por las páginas de García Márquez. Otros, para demeritarlo, afirman que este escritor debe su gloria a sus traductores (como Maupassant o Dostoievski): mal escritor socorrido por las traducciones.

Pero los escritores se han resignado a no ser el mejor cuentista, el mejor novelista y uno de los mejores cronistas de Colombia; los lugares ya se encuentran ocupados: García Márquez está en el top. Es difícil ser generoso con lo que nos sobrepasa en nuestro oficio, pero el prestigio de la literatura colombiana —si tiene alguno— se lo debemos casi por entero a él. Nadie —ni los secretos mejor guardados, ni los escritores sin candado— lo ha superado en tres hazañas: ventas, “obras maestras” y prestigio.

“Esa luz puesta al aire que es un hombre”, como escribiera Quevedo y que somos todos, en Gabriel García Márquez es un poder cultural; un poder que en sí mismo es ya una gloria, en un país cuya única gloria es la guerra. Después de un largo regateo (Isaac, Rivera, Silva, Porfirio Barba, Carrasquilla, Espinosa) nos resignamos a que un “subversivo” —como lo llamaba la derecha colombiana en los 70— y, por añadidura, una de las mascotas más ilustres “del país positivo en el exterior”, fuera nuestro Escritor Nacional. El más importante acontecimiento cultural de Colombia en su vacilante vida republicana. ☞



Casi centenario —por dos meses—, dos años después de su última candidatura al Premio Nobel, murió Ernesto Sabato. Al cabo del exterminio, sobre la tumba del héroe y en la sombra del túnel, esta crónica pretende actualizar la figura de quien, hace tres lustros, parecía indestronable en el canon escolar.

Al final del túnel

Juan Carlos Orrego. Ilustración Verónica Velásquez

“¡Por fin!”, habría dicho Ernesto Sabato (nunca puso tilde en su apellido) si la neumonía que lo mató, la madrugada del pasado 30 de abril, le hubiera permitido articular alguna cosa audible. Pero es casi seguro que, por lo menos, lo pensó: resulta improbable su indiferencia en el momento en que le llegaba la muerte deseada. La vida se le había hecho insufrible desde que perdiera a su hijo Jorge Federico y a su esposa Matilde Kusminsky, en 1995 y 1998 respectivamente. Según cuenta el escritor en *Antes del fin* (1999), sus memorias, esos dramas lo llevaron a ahogar la pena en otras penas como la suya, y acabó recordando —eso sí, a su modo— al fúnebre César Vallejo: “Hay golpes en la vida tan duros, / golpes como del odio de Dios”.

Sin que nada de eso importe, todavía hay quien lamenta que Sabato no hubiera vivido hasta el próximo 24 de junio, día en que se cumplen cien años de su nacimiento en Rojas, pueblo de la provincia de Buenos Aires. A esos optimistas miopes, celebradores paulocoelhistas de la existencia, les convendría leer estas líneas cansadas de *Antes del fin*: “En este atardecer de 1998” —bien se ve que fueron muchos los años de vana vigila— “continúo escuchando la música que él [Jorge] amaba, aguardando con infinita esperanza el momento de reencontrarnos en ese otro mundo, en ese mundo que quizá, quizá exista”. A pesar de todo su escepticismo —de hecho, uno de sus amigos epistolares fue Albert Camus—, el escritor argentino acabó forjando una versión filosófica del Paraíso celestial: el Absoluto, con mayúscula.

Que era escéptico quedó probado rápidamente, cuando, con pocos años de matrimonio y un hijo a cuestas, le pareció que su futuro como físico —para muchos promisorio— no iba a conducirlo a otra cosa que a una polvareda estéril, y que él iba a acabar convertido en un traidor de la condición humana. Dejó a un lado becas y teoremas, y se fue con los suyos a las montañas de la provincia de Córdoba, a ver las estrellas por los agujeros del techo de un rancho miserable. Uno de sus antiguos colegas le dijo que sólo perdonaría su deserción de las filas científicas si llegaba a escribir algo como *La montaña mágica* de Thomas Mann. Sin duda, en ese rincón de provincia, Sabato estaba más cerca de lograrlo.

No escribió otra vez *La montaña mágica* —tal como hizo Pierre Menard con el *Quijote*—, pero sí *El túnel* (1948), la historia de un pintor celoso y asesino, y cuyas frases, por sugestivas, han sido —entre todas las de la literatura latinoamericana— las más fusiladas como epígrafes de otras novelas, y sólo por su demoleadora sinceridad no están en los encabezados de agendas y libretas personales para ejecutivos. Bastará transcribir una para probarlo: “¡Qué implacable, qué fría, qué

inmunda bestia puede haber agazapada en el corazón de la mujer más frágil!”. En la novela, sin embargo, la bestia es el pintor, Juan Pablo Castel, quien se sirve del sistemático razonamiento científico de Sabato para encontrar, azuzar y arrancar de la vida a la desafortunada María Iribarne Hunter. Al final, cuando cobra conciencia de su obsesión, el asesino se sabe en el túnel: “en todo caso, había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío”.

En el túnel de la monomanía está también Fernando Vidal Olmos, el siniestro protagonista —o casi— de *Sobre héroes y tumbas* (1961), una novela sobre la decadencia de una rancia familia argentina, cuyo título trepidante hace insospechables sus mejores páginas: aquellas en que, con lúcida paranoia, Vidal Olmos persigue a un ciego por Buenos Aires, con todo y viaje al inframundo. Cuando a ese loco le llega el turno de narrar, la novela se llena de un humor cáustico contra los valores sociales, tal y como cabría esperar de un científico renegado del talento de Sabato. Es memorable el pasaje en que Vidal Olmos se burla de la popularísima y edificante Selecciones del Reader's Digest: “cientos de artículos destinados a levantar el ánimo de los pobres, leprosos, renegos, edipicos, sordos, ciegos, mudos, sordomudos, epilépticos, tuberculosos, enfermos de cáncer, tullidos, macrocefálicos, microcefálicos, neuróticos, hijos o nietos de locos famosos, pies planos, asmáticos, postergados, tartamudos, individuos con mal aliento, infelices en el matrimonio, reumáticos, pintores que han perdido la vista...”. La crítica se hará más global, más apocalíptica, en *Abaddón el Exterminador* (1974), en que Sabato se unge como personaje para dar más vida a su crónica del infierno argentino de los años previos a la dictadura, y de otras aventuras sombrías de la humanidad.

Ernesto Sabato escribió tantos libros de ficción como Rulfo —tres: al mexicano debe sumársele *El gallo de oro*— y, como él, abandonó ese camino a pesar de los ruegos de lectores, críticos y editores. Durante más de tres décadas, después de la publicación de su última novela, se concentró en ensayos sobre sus autores de cabecera y sobre la turbulenta condición humana. Se dice que lo amargó su participación, en 1984, en la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas (con más truculencia, en el caso de Rulfo se dijo que lo habían inutilizado los electroshocks de un tratamiento contra el alcoholismo). Pero la verdad es que Sabato siempre caminó por un túnel oscuro con tres o cuatro ventanitas por las que, de vez en cuando, se colaban rayos de sol. En cualquier circunstancia, otras páginas suyas habrían sido terribles, de acuerdo con la poética que confiesa en su autobiografía: “la desnudez y el desgarrar es lo que siempre imaginé como única expresión para la verdad”. ☞

Estilario

Raúl Trujillo

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Parece que a este general de mil batallas, de tanto estar en la calle, la contaminación de la ciudad se le ha fijado a la piel y ha enmarroneado y opacado antiguos brillos y su estricto gesto de castrense oropel. Sólo otra posible e infantil explicación podría encontrarle a su color: se puso marrón de tanto tomar café para aguardar atento como lechuza en la noche y en el sereno de la madrugada, despierto cuando “todos los gatos son pardos”. Trasnocado y humilde color hábito franciscano es el resultado de la mezcla de todos los pigmentos y bien se mimetiza porque no compite con ninguno y a casi todos puede acompañar.

Desde el sur donde estoy, la imagen de Hernando de Jesús parece sumar dos iconos o roles que representaron a las sociedades latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX. Un aspecto, el militar, con su gorra —que en este caso debiera ser la clásica de ocho puntas para agencias de seguridad— y sus insignias y uniformes con líneas rígidas y estrictas. Otro aspecto, la imagen del sindicalista, el líder social campesino u obrero tan demonizado en nuestro manco país. Aquí la chaqueta deportiva de cuero con puños, cuello y cintura en tejido resartado ha devenido en objeto de culto dentro de la exclusiva lista de modelos vintage. En el mercado europeo, el invierno pasado, otro clásico, la chaqueta biker —el modelo 163 motociclista de la marca Perfecto One Star que usara Marlon Brando en la película Salvaje en el año 53— fue reconocida por los fashionistas como objeto de culto de temporada. Emblemática del rock and roll y la contracultura, la chamarra “casi uniforme” usado por la mítica banda The Ramones se hará al cuerpo como una segunda piel de tan vivida. Son tesoros algunas de las hermosas chaquetas encontradas en el mercado de segunda mano, que aún conservan gestos de su antiguo dueño y escultor.

No debemos pasar por alto el noble gesto guerrero que se conserva en don Hernando al asumir la pose de prócer con su sable al cinto y la actitud desafiante de quien porta un arma y sobre ella empuña y descarga la autoridad. Muchas historias y recuerdos de domingos de pueblo, de caminos y fondas, noches donde orejas, dedos y narices volaron por los aires cercenados entre riñas de niños venidos a machos de tanto alcohol.

El machete representó por años, más ayer y poco hoy, la antioqueñidad. Siempre hubo en las casas paisas uno bien afilado, guardado generalmente debajo del colchón del padre de familia responsable de la seguridad del hogar. Y siempre ha estado en canciones, chistes y trovos. Recuerdo una copla zumbona del fundacional Cancionero de Antioquia que recopiló Nito Restrepo:

Al otro lado del río
se me quedó mi machete,
y pa no perderlo todo
me devolví por la vaina.

Lucen caídos los pantalones ante la flojera de ajustar el cinto que apriete y retraiga la delatora barriga, que así se vista de amistosos cuadros en tranquilo azul, habla de excesos nada favorables para la salud. Los pantalones, otro clásico ya del uniforme urbano que según la marca tendrá menos o más valor. La verdad es que la producción masiva de este tipo de modelos en Colombia para el mercado de maquilas internacionales ha logrado que el producto que se consigue en la ciudad sea de una calidad muchísimo mayor a la de la media de otras ciudades.

Don Hernando de Jesús Álvarez Gómez es vigilante.



Historia de los cafés en Medellín

(segunda entrega)

Rafael Ortiz. Ilustración Lyda Estrada

A principios de los años veinte, ya Medellín era una población de cafés, de muchos tipos de cafés, pues no eran lo mismo los del centro que los de los barrios, y en el mismo centro existían variedades. Los de Lovaina y Guayaquil sí que eran distintos.

De día, los cafés de los barrios vendían normalmente algunos alimentos ya hechos, acompañados de café con leche, chocolate o gaseosa, y por la noche atendían el consumo de licores y tinto de los señores, antes o después de la comida, hasta las diez de la noche, cuando era obligatorio apagar el piano (que después fue rocola). Los fines de semana la vida en estos establecimientos cambiaba. Los sábados llegaban los muchachos desde temprano en la tarde, una o una y media, a tomar para luego marchar a los distintos barrios de prostitución —Lovaina, Guayaquil, Tierrabaja, etc.—. Cuando se iban, entraban los obreros y empleados, y en general quienes trabajaban hasta después de las tres de la tarde, y armaban fiestas y algarazas hasta altas horas de la noche y la madrugada.

Los domingos el movimiento de los cafés tenía dos fases: En la primera, la gente que salía de misa entraba a tomar cerveza o a comer mecate y prolongaba su permanencia hasta la hora de almorzar. La segunda correspondía a quienes salían por la tarde a buscar cómo calmar el guayabo causado por la parranda de la víspera, obtenida generalmente gorriando a los amigos o fiando hasta el próximo pago.

Bastante diferentes eran los cafés con billar, que a su vez eran distintos a las salas de billar, aunque con el tiempo ambos acabaron siendo lo mismo. Quizá la diferencia radicaba simplemente en que los cafés con billar eran los preferidos de los estudiantes, que solo jugaban a ratos (eso sí, los sábados y domingos, todo el día).

Al lado de estos cafés había otra variedad, mitad comedero rápido, mitad bar y con billar para algunos clientes que preferían jugar sin mirones. Era un local pequeño pero acogedor, con máximo cuatro mesas y eventualmente con piano. Los alimentos que se vendían eran de fácil manejo y se combinaban perfectamente con las gaseosas, cervezas y licores, que no faltaban: papas rellenas, papas, yucas y carne sudadas, plátanos maduros sudados o calados, tamales, chorizos, rellena y a veces arroz. En algunos también servían desayuno: huevos revueltos, pan, bizcochos y chocolate o perico.

Los cafés de Guayaquil funcionaba normalmente de cinco de la mañana hasta las doce de la noche y estaba dividido en tres partes: adelante, un salón donde se prestaban todos los servicios de café propiamente dicho, seguido de un espacio constituido por el mostrador o barra, la cocina y los servicios sanitarios, y de allí para atrás los cuartuchos o reservados, separados por delgados cancelos, casi siempre con una mesa y dos sofás, uno a cada lado, que prácticamente se convertían en camas; en la mitad de la mesa una lámpara miserable, tipo cocuyo —alumbraba más la cusca de una vieja que fumara con la brasa entre la boca—, y en la pared un foco común y corriente, que cuando se veía encendido indicaba que el reservado estaba desocupado. Por lo general las parejas preferían la iluminación de cocuyo, la de foco en la pared era preferida por los tahúres profesionales para limpiarle el bolsillo a su clientela. En todas las mesas, incluidas las de los reservados, había una campana, desplazada cuando se generalizaron los timbres eléctricos. De lo que pasaba en el reservado, a pesar de que todo el mundo se enteraba, nadie comentaba; su uso, según para lo que fuera, aumentaba la tarifa básica y el precio de los servicios. Además de los mencionados cubículos, algunos cafés ofrecían servicios de boletería para toros, fútbol y circos, y de apuestas para las carreras de caballos y los partidos de fútbol.

El típico café guayaquileño era ante todo vistoso, lleno de afiches, decorado las más de las veces de acuerdo con el tipo de música que sonaba en su piano, aparato infaltable en todo café, así hubiera orquesta o conjunto musical. Era un aparato costoso que los dueños procuraban defender con una poderosa caparazón hecha con barras de hierro que de alguna manera remedaban su forma; por entre ese enrejado formidable asomaba toda la belleza del aparato de colores, en cuyo interior había un conjunto de luces y algunas piezas que giraban una veces con el calor de las luces, otras por medio de un pequeño motor que las accionaba. El resultado final era un conjunto



caleidoscópico de luces, colores y formas en movimiento, que daba un extraño atractivo al interior del establecimiento por las noches, cuando la iluminación era escasa y los reflejos cambiantes creaban en la realidad figuras fantásticas, que con la ayuda de los tragos se volvían mas fantasiosas y que a todo daban un aire espectacular.

Las mesas eran de las más robustas que se vendían en el mercado, con patas de hierro macizo y tapa del mismo metal, para evitar de esa manera que pudieran ser manejadas muy fácilmente por los hercúleos clientes que allí se congregaban cuando se armaban las grandes batallas de borrachos y se agotaban las botellas y demás objetos menudos para tirar, y trataban de hacerlo con los muebles.

La atención del café estaba encomendada única y exclusivamente a las mujeres, las cuales servían de anzuelo a la clientela ruda y sexualmente hiperactiva que los frecuentaba. Decía un amigo criado y curtido en esos cafés: “Tenían salonerías muy bonitas, y uno como hombre y todos los hombres que entraban a un café, pues siempre mirábamos a las salonerías y uno era atraído por ellas pues una salonería buena moza no se le puede quitar a ningún hombre que la mire, así ella tenga ‘amigos’ o marido, pero tiene uno que deleitar el ojo, así no les parezca”.

La inmensa mayoría de los cafés de este sector tenía una o dos piezas, por lo menos para alquilar por ratos a las parejas en trance de consumirse de amor.

Imposible encontrar un café en ese sector donde no se vendieran los más grasosos y fuertes comistrajos. Allí se consumían en cantidades increíbles el famoso chorizo antioqueño, alias “no me olvides”, el chicharrón frito a primera fritura, o mejor dicho sofrío, de modo que conservara abundante grasa; las famosas chuletas guayaquileñas también muy apetitosas y todo abundante en grasa. Cuánto se consumían tamales, rellena, papas rellenas y muchas otras especialidades, pero estas no llamaban tanto la atención como aquellas, debido principalmente a los efectos desintoxicantes que tenían las altamente grasosas.

En estos cafés a veces había una pequeña pista de baile, pero tal vez no pasaban de tres los que tenían especial atractivo por esta circunstancia. El que servía de imán a los bailarines de toda la ciudad era el Café Tropical, que se preciaba de tener catorce puertas.

En este café se organizaban los campeonatos de baile según las distintas modalidades de la época: tango, fox trot, bolero, etc. Había domingos cuando llegaban los más afamados bailarines de los barrios a dirimir supremacía con sus pares, y la cosa era de coger tribuna. Nadie se dejaba vencer, y al fin, para evitar injusticias que provocaran hechos mayores, se declaraba empatado el concurso.

En la sola calle San Juan los principales cafés que existieron, con peligro de alguna omisión, fueron:

Café Victoria	Café el Pigal
Café Cisneros	Café la Gayola
Café La Luneta	Café el Florida
Café San Jorge	Café Santacruz
Café el Córdoba	Café el Paraón
Café Bar la Costa	Café la Danza Roja
Café el Tambito	Café Pacorro
Café Estambul	Café As de Copas
Café Estación	Café los Dos Amigos
Café Tropical	Café Rigoletto

Estos establecimientos fueron los más famosos, los más grandes, donde los hombres muchas veces pasaban la noche bebiendo abundantemente, para luego, tras tomar un baño improvisado, salir a trabajar en mecánica, en las cómodas de la plaza de mercado, como cotereros, en fin, en toda esa formidable gama de trabajos con que Guayaquil engrandecía a sus hijos, esposos y adoradores.

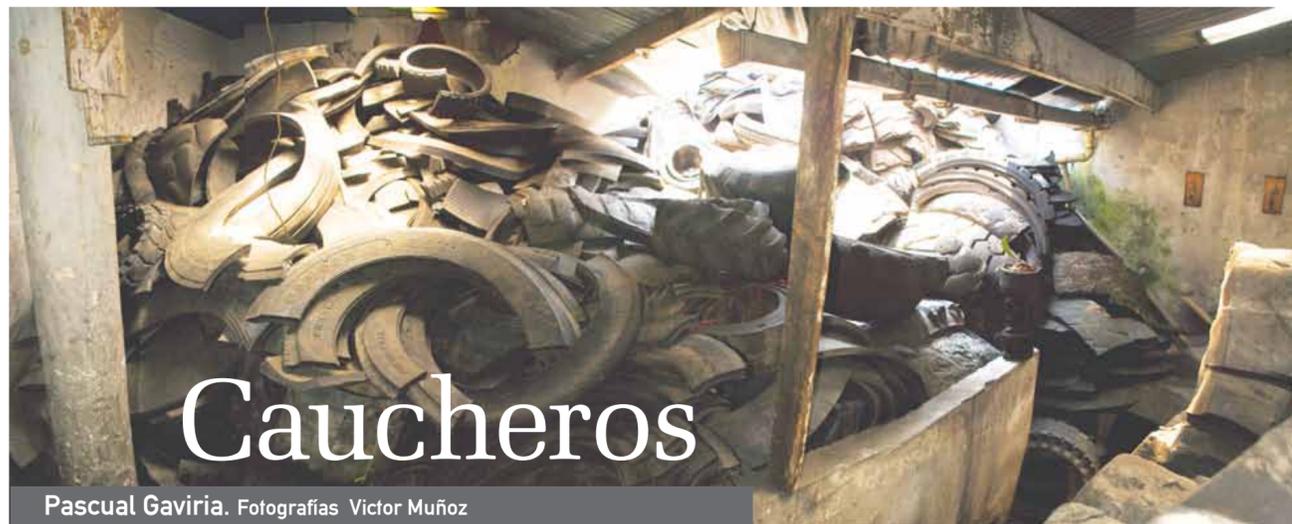
En contraste con estos establecimientos existían los cafés de Lovaina, El Fundungo, Venecia, La Toma, Las Palmas, etc, típicos de zona de prostitución. Todos ellos vendían licor y eran utilizados para hacer contacto con sus pupilas o con las muchachas de las casas que estaban mal. Ellas salían al rebusque de clientes y entre baile y baile los entusiasmaban y... nuevamente regresaban a la casa donde había un salón o al comedor, incluso en un patio cubierto con vidrios con un café y los mismos servicios de los accesos directo desde las calles, solo que la alcoba a mano y manejado por un marica que no toleraba ni cantinazo ni conejo.

Fuera de estos cafés, estaban los que podríamos llamar la élite, no por discriminación racial sino por la calidad del servicio. Los dos mejores exponentes fueron el Café Londres y el Mora Café.

Antiguamente los cafés, al menos los más importantes, tenían, fuera del salón comunitario donde se atendía la clientela, un servicio de baños públicos con muy buena demanda debido al hecho de que disponían permanentemente de agua fría y caliente, siendo esta última bastante escasa en las casas de familia, aunque tuvieran la famosa tina del fogón de reverbero, dado el número de hijos y parientes que vivían en la misma. A causa de ello, el agua caliente se terminaba rápido, y normalmente el padre y los hijos mayores se bañaban en los cafés cuando no querían esperar hasta la hora del almuerzo.

Estos establecimientos suministraban todo en calidades óptimas, por ello, en los baños se encontraban las toallas lavadas, planchadas, aromatizadas y precintadas con una garantía de perfecto aseo y limpieza. Los asientos eran muebles de Viena y las mesas tenían sus tapas en mármol y ciertos licores se vendían en copas de cristal, el brandy por ejemplo. Los servicios fueron atendidos por meseros hasta su desaparición, la cual coincidió con la generalización de las meseras en todos los cafés de bohemia, siendo muy contados aquellos en que sobrevivió tal costumbre. Claro que las meseras no dejan de dar un encanto especial al servicio... aunque cuando tienen el amigo al pie el servicio se va al traste.

Tal vez el primer café del centro que dio las pautas para los cafés importantes fue La Viña. ☛



Pascual Gaviria. Fotografías Victor Muñoz

Los magnates del caucho prendían sus habanos con billetes de cien dólares y aplacaban la sed de sus caballos con champaña helado en cubetas de plata. Sus esposas, que desdaban las aguas fangosas del Amazonas, enviaban la ropa sucia a Portugal para que la lavaran allá
Wade Davis

Los dos talleres caucheros están en los bajos de lo que Moravia siempre ha conocido como El Morro; la famosa montaña de basura que la ciudad alimentó durante décadas para acompañar a su jardín de orquídeas. Uno podría decir que Leonardo y Heriberto, los jefes de las dos cuevas, se dedican al reciclaje. Pero en realidad lo suyo no es recoger los restos, encostalar y pasar por la báscula: los señores se ocupan de grandes desechos. Hasta la boca de sus talleres llegan los cascos desgastados que dejan las volquetas del Cerrejón, cementos El Cairo y otras canteras. "Vea estas bellezas", me dice Heriberto señalando su bodega cargada de llantas picadas. Además, no caminan en busca de ese bagazo descomunal: lo regatean con camioneros costños. Descartado el reciclaje, el oficio de los llanteros me recuerda a los desguazadores de ballenas con su delantal negro y el filo de tres cuchillos brillando en el cinto. Las palabras de Heriberto al pie de ese arrume de "cueros" negros confirman mi imaginación: "Eso llegó esta mañana, le dimos buen machete dos horas... De lo que se perdió". Las llantas les llegan a medio picar, cada espécimen tiene una tonelada y media de materia prima y puede valer hasta 500 mil pesos.

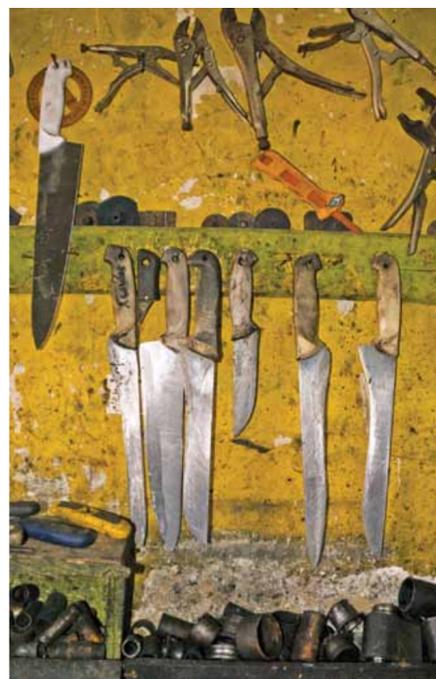
Pero los caucheros y sus aprendices de overol tampoco son simples matarifes y cortadores. Su oficio consiste en convertir las llantas despedazadas en piezas únicas para motores desahuciados, choferes desesperados y carcassas inservibles. Aunque el diploma de la Alcaldía de Medellín los certifica en "el manejo integral de residuos sólidos" y la grasa es su carta de presentación, los talleres son en realidad centros artesanales, los más especializados y utilitarios que se pue-

da imaginar. Cada uno tiene más de mil referencias de arandelas, soportes, empaques, taponos, bujes, tops, remiendos... Pero las máquinas viejas tienen sus caprichos y las piezas de segunda, para encajar, necesitan siempre un retoque, dos dedos de grasa y tres martillazos. Para eso están los tornos hechizos, la macabra colección de cuchillos marchitos y filosos, la tenaza del hombrosolo, la amenaza del taladro y la mano delicada del mecánico. Leonardo y sus dos aprendices saben muy bien de qué se trata su trabajo: "Aquí la idea es desvarar al cliente". Muchos de los que llegan al taller estiran la mano con un pedazo de plástico mascado y una súplica. Se copia el modelo y se incluye en el catálogo. También son copistas, piratas, imitadores. Según ellos, sus réplicas aguantan el triple del trajín y valen la tercera parte. Las artesanías más exigentes, flores de ocho pétalos para el arranque de no sabe qué tiesto, están exhibidas en el tablero de rarezas. En los mostradores del fondo, escondido, hay un salmón negro hecho en los tiempos de las vacas flacas.

Recicladores, tasajeros, mecánicos, copistas, artesanos, desvaradores... y todavía falta. Los talleres de Heriberto, que heredó el oficio de un hermano, y de Leonardo, que aprendió a rayar llantas en Ibagué, parecen la covacha del inventor. Un inventor maligno: el torno es una máquina de torturas, tienen al frente un pequeño filo que se come las llantas con un gusto que asusta. Heriberto, que dirige la inventaría más grande, me confirma sus mañas: "Uno aquí necesita una herramienta y no sale corriendo pa' la ferretería."

Dos inventores extraños, encargados no de construir novedades sino de sostener mecanismos vetustos. Sus taponos a medida hacen flotar a todo tipo de caparazones. "Chevette 80", dice una de las latas que clasifican el inventario. Los mecánicos de calle son los únicos que podrían diagnosticar a un Chevette 80: "Cuando el cacharro comienza a cajoniar, se le pone esta cosita y ya aguanta, queda ajustadito..."

El par de inventores no alardean, no logran entender que alguien les pregunte por el trabajo simple de tallar las llantas de las grandes volquetas lunares. Solo al final me encuentro con el único afiche de sus talleres: no hay chicas Pilsen, ni el equipo de Choronta o Pezzuti; sólo un cartel agradecido con ese fantasma blanco: Michelin.



Inscripciones Abiertas

Tecnología en Diseño de Modas
SNIES 53514

Tecnología en Diseño Gráfico Publicitario
SNIES 53668

Tecnología en Diseño de Espacios y Ambientes
SNIES 53572

Técnica Profesional en Televisión, Fotografía y video
SNIES 3428

ACADEMIA SUPERIOR DE ARTES

www.corpoasa.edu.co Calle 43 N 78-40 / Tel 411 28 11 Ext 111 / Laureles

La danza tribal al estilo americano usa improvisación estructurada. En ella los participantes solo comparten códigos que guían los movimientos que se ejecutan; mientras la danza tribal de fusión es un estilo que se baila tanto en grupo como en solitario, con coreografía preestablecida, retomando elementos de otras danzas del mundo como las danzas gitanas, el jazz, el hip hop, las danzas de India etc., buscando algo mucho más creativo, expresivo y feital. Sin embargo, cualquiera de las dos son un despliegue de fuerza y sensualidad.

Escuela Danzahua
Dirección: Cr. 79 45 E. 72 P. 2
Tel: 5808571 - 312 7414006
www.escueladanzahua.com

DEPRISA **FedEx**
Avianca **Efecty**

SERVIENTREGA
Hacen sus pagos, hacen sus giras

SU CORRESPONDENCIA Y CARGA LIVIANA
A... TODAS PARTES

Calle 50 No. 46 - 36 • Local 105 PBX
Ed. Furatena • Medellín 251 83 43

SUPERRAPIDO

AM&M
montacargas s.a.

Servicio de montacarga por horas
Tel: 352-99-10 255-65-93

Reting & Outsourcing
Tel: 361 67 55

10x10 TALLER CON EL ARTISTA
ANTONIO CARO EXPOSICIÓN

Estudiantes de las facultades de artes de Medellín
Fundación Universitaria Bellas Artes
Universidad de Antioquia - Universidad Nacional
Academia Superior de Artes

Sala Eladio Vélez, Palacio de Bellas Artes, La Playa
2 de junio al 30 de junio
Conversatorio: 6:00 p. m.

Patrocina: **epm**

Para más información visite nuestra página web www.bellasartesmed.edu.co

XIV MARCHA ORGULLO GAY MEDELLIN

DOMINGO 26 DE JUNIO 2011
CENTRO COMERCIAL OBELISCO - ESTADIO 2 PM

Programa de actividades:
2546571
CORPELOTRO@HOTMAIL.COM
300 576 58 27 - 311 776 46 06
MEDELLIN, COL.

CORPELOTRO

RAÚL ANGUIANO

Entrada libre
NOCHE EXTENDIDA DE ÓPERA EN EL MAMM
Viernes 24 de junio 7:30 PM

Momentos estelares y canciones inmortales de la Ópera con la Fundación Prolífica de Antioquia. Una noche para disfrutar de las exposiciones del Museo en horario extendido y deleitarse luego con lo más hermoso de este género musical.
Auspicio: COMFAMA.

T: (574) 4442622
Carrera 44 No. 19 A -100
Medellin - Colombia
www.elmamm.org

MUSEO DE ARTE MODERNO
MEDELLIN - COLOMBIA

ai aula
espacio estético experimental

calle 52 carrera 64a - 29 Carlos E. Restrepo bloque 73 / primer piso tel: 2308543 / ai.aula.internacional@gmail.com

Diálogo en el Jardín de palacio
¿Cuánta alma durará nuestro sueño?

Estreno
En Caja Negra Teatro
Del 19 al 23 de Mayo de 2011
Jueves a Sábado 8:00 Pm.
Boletaria:
General: \$ 20.000
Estudiantes: \$ 10.000

CAJANEGRA TEATRO
Teléfono: 239 25 41 Cra. 44 N° 47-24
(Sector Plaza San Ignacio)
www.cajanegrateatro.com
Encuéntrenos en:

Reforma de humo



Según datos de la Dirección Nacional de Estupefacientes en Colombia hay 520.000 consumidores activos de marihuana. Son quienes afirman haber inhalado el humo grueso de un barillo en el último año. La mayoría de los embelesados por THC están entre los 18 y los 24 años. La marihuana, como las greñas, sigue siendo sobre todo un embeleco de juventud. Un estudio realizado en 2009 dice que cerca del 10% de los estudiantes universitarios son consumidores activos de la hierba. Dado que solo la mitad de quienes ingresan a la Universidad terminan sus estudios, será muy difícil ligar la deserción a los efectos etéreatos que proporciona la mona.

El ex presidente Uribe dedicó algunas de sus interminables cantaletas de gobierno a hablar de una epidemia social relacionada con el consumo de drogas en Colombia. Se trataba sobre todo de la necesidad de defender un dogma, de enviar un mensaje desde el púlpito del palacio presidencial: "La dosis personal ha sido funesta para la sociedad colombiana, ha ayudado muchísimo a la corrupción, ha sido un fertilizante del involucramiento de niños y adolescente en la criminalidad". Ya sabemos que Uribe, como buen iluminado, busca sobre todo que "no se envíen mensajes equivocados a su rebaño". La realidad no es algo que le interese demasiado.

Los especialistas en temas de adicción, el fiscal Mario Iguarán, buena parte de los congresistas, la gran mayoría de los columnistas de opinión y hasta los editoriales del periódico El Colombiano, sostuvieron durante varios años la inconveniencia de penalizar la dosis mínima. Un cambio que pretendía -luego de 15 años de la sentencia de la Corte Constitucional- que los consumidores deban enfrentar a jueces y po-

licías por ejercer un derecho personal o tratar un problema de adicción. Hace unos días, dos de los cuatro precandidatos del partido de la U a la alcaldía de Medellín, dijeron que no les gustaría la "ayuda" del sistema judicial en caso de que se enteraran que uno de sus hijos consumía drogas. Ni siquiera entre los acólitos más fervorosos del ex presidente hay consenso frente al tema. Pero Uribe llevó al país de cabestro hacia una decisión que hoy en día no es más que un encarte inaplicable.

El fin pasado 7 de mayo se realizó en Medellín la marcha cannábica que busca reivindicar el derecho de los ciudadanos a quemar una planta con fines recreativos. Marcharon y fumaron aproximadamente 4000 personas por el centro de la ciudad. La mayor sorpresa fue la actitud de los policías que debían cuidar semejante humareda. Al comienzo vi un abismo entre quienes vigilaban desde la acera y quienes caminaban por la calle con el porro en la mano. Pero poco a poco fue claro que hasta los policías han interiorizado que los consumidores de marihuana no son una amenaza para nadie: "Cada uno tiene derecho a sus manifestaciones desde que sean pacíficas"; "lo que ellos no saben es que a uno en la civil también le gusta"; "ellos verán pero a mi ese humo me da dolor de cabeza". Esas fueron algunas de las respuestas de los policías cuando les pregunté que opinaban de la marcha. Ni siquiera las provocaciones humeantes de algunos turros contra la cara arrugada de los agentes lograron una respuesta.

El Congreso le dio gusto al presidente Uribe en esa insulsa reforma por un simple oportunismo electoral. Ahora nadie se atreve a intentar una reglamentación. Sería ridículo emplear los jueces y los policías contra 4000 aletargados con un altavoz en tono menor. ☪



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

Sergio Valencia, un activo hiperactivo, como todo el mundo sabe y padece, ha tenido desde hace muchos años el proyecto recurrente (medio en serio, medio en broma, pero me temo más que lo primero), de hacer un programa radial llamado "Pase maluco con el bambuco". Sospecho de buena fuente que el responsable de libretos y elección de repertorio sería yo, y confieso que la idea no me desagrada del todo. Para empezar, sólo pondría bambucos viejos (el bambuco maluco es el nuevo), y creo que empezaría con uno muy anciano, Me acuerdo de ella, y que dice, en su parte pertinente:

"Cuando la aurora tiende su manto y allá en los cielos su luz destella, cuando las aves alzan su canto me acuerdo de ella...".

Después seguirían otros ejemplos (bambucos de serenata, descriptivos, de cementerio, nostálgicos, idílicos, pocos de despecho —casi no existen—, y hasta fiesteros, que también los hay, y muy bellos, con letra o sin ella). Y el programa, tal vez por suerte o desgracia el único, cerraría con el hoy olvidado Acuarela, que en su parte pertinente dice:

"Un alma de amor avara, al alma tuya pregunta: ¿Por qué la tarde nos junta, si la aurora nos separa?"

Lo cual viene a signicar, si de eso se trata, que en bambucos, al menos, el tigre se muerde la cola, y viene a decirnos al final lo opuesto a lo dicho al principio. Expresado con los versos del gran Simón Díaz, "Quererse no tiene horario". O sea, para el amor no hay sol ni luna. Es ciego.

Coda, también musical. Cuando uno oye en radio a Darío Gómez, o apaga el aparato, o cambia de emisora. Y, sin embargo, pensándolo bien, estos dos versos, tan oídos, son quevedianos:

"Nadie es eterno en el mundo, nadie vuelve del sueño profundo...".



Un alfil para la Torre del Ajedrez

Luis Ariete

En Medellín existe un lugar dedicado a diagnosticar el clima. Fue considerado un elefante blanco, construido por un alcalde aficionado al ajedrez que soñaba con torres y murallas. Ordenó construir una muralla alrededor de una villa deportiva y en su interior una torre de 15 pisos, que llamó del ajedrez. El pueblo y los jueces derribaron la muralla y la torre se fue convirtiendo en un inaccesible paquidermo de concreto pálido. Los ascensores nunca funcionaron. Nadie le encontraba utilidad.

Años después fue rescatada del olvido por un grupo de científicos cuyo trabajo tiene mucho que ver con el ajedrez, con pronosticar movimientos y consecuencias. El juego de reproducir la guerra se ponía al servicio del arte de descifrar las personalidades del Clima y del Tiempo.

"El Clima es permanente, el Tiempo cambia", decían los manuales de texto para explicar las diferencias de dos gemelos dependientes, pero con distintas personalidades. "En Canadá el clima es frío" y "Mañana hará un buen tiempo". Aprended niños: los diferentes estados del Tiempo en una región definen el Clima de la misma.

Aquí los gemelos siempre nos pacieron uno solo, mezclados en un mismo carácter. La primavera no sólo era permanente, sino eterna. De la misma forma nos parecía el carácter primordial de la región: primaveral, fogoso, alérgico, enamorado, juguetero...

Hablamos de ellos indistintamente, como si fueran un confiable conocido que nos sirve para conversar. "Que clima más agradable está haciendo hoy" o "en Medellín hace muy buen tiempo", sin percatarnos de que quizás hubiéramos estado conviviendo con un ser misterioso con doble personalidad, que influía en nuestra forma de ser profunda: ingenua, desprevenida.

Ahora se nos revelan alocados e inestables y no sabemos cómo es uno o cómo es el otro. Esta nueva personalidad que han adoptado hace que sus rostros se nos vuelvan irreconocibles y no sabemos cómo seguir la conversación. ¿Qué podemos decir si ahora están tan raros?

Y escuchamos noticias venidas de muchas partes del mundo, de calamidades y desastres que se les atribuyen, como si se hubieran ido de pillería. Como si cada uno hubiera encontrado su propio Mr. Hyde. Antes nos sentíamos tan confortables en su compañía que salíamos a la calle desabrados, en camiseta y de tirantes o en falda y pantalón corto.

Por estos días miramos previamente por la ventana y preguntamos mirando al cielo: ¿Qué día irá a hacer hoy? ¿Dr. Jeckyll o Mr. Hyde? Y nos armamos con gafas de sol y al mismo

tiempo enfundamos la sombrilla, desconfiados. Nos cambia el carácter y nos deprimimos viendo las imágenes que nos llegan por televisión de pueblos y barrios arrasados por la ola invernal.

Clamamos a los científicos y a las entidades oficiales para que nos den pistas de sus personalidades, para que nos cuenten de los tratamientos a los que los están sometiendo y de sus resultados. Los expertos, como si se tratara de pacientes graves, con enfermedades complicadas, los someten a pruebas con aparatos sofisticados, acelerógrafos, pluviómetros, estaciones meteorológicas, con los que esperan atinar un diagnóstico que les resulta muy esquivo.

En la que era conocida como la "Torre del Ajedrez" se hacen estos análisis. Ahora, llamada Torre Siata (Sistema de Alertas Tempranas) y administrada en convenio por Eafit y el Área Metropolitana, es un centro de mando de estudios meteorológicos; un faro encallado en la mitad de un valle que emite alertas sobre los cambios de personalidad de los gemelos. Como lo llamó un periódico local: "El corazón de la alerta temprana en Medellín".

Allí se recibe información del terreno proveniente de diferentes aparatos ubicados en todo el territorio metropolitano: 31 acelerógrafos, que miden aceleración del suelo como respuesta a los movimientos sísmicos; 58 pluviómetros, que miden la cantidad de lluvia; 10 estaciones meteorológicas, que miden dirección y velocidad del viento, humedad y temperatura y 10 sensores de nivel de agua, que ayudan a establecer cambios en nuestras quebradas y montañas.

Los meteorólogos corren modelos matemáticos con los que intentan entender el Clima y los cambios del Tiempo y emiten alertas sobre los peligros que pueden correr nuestras vidas y bienes.

Pero no es suficiente. Los equipos existentes permiten predicciones confiables de muy corto plazo y descripciones de fenómenos en tiempo real. "En este momento tenemos lluvias abundantes en Bello e Itagüí" o "la cantidad de lluvia caída es de x milímetros por segundo". Cuando tenemos esta información la quebrada ya se ha desbordado o los deslizamientos de tierra ya han sepultado viviendas.

La situación es como si para diagnosticar un cáncer en el cuerpo de un

paciente, los médicos tuvieran que hacer 100 biopsias en órganos diferentes.

Al otrora paquidermo blanco dedicado al ajedrez le hace falta un complemento de última generación, un alfil, que utilice tecnología avanzada para someter al Clima y al Tiempo a un diagnóstico de mayor precisión. Una revolución como la que introdujeron en la medicina las tecnologías de los rayos X y los tomógrafos.

Y eso es precisamente lo que sucederá en septiembre en el Valle de Aburrá con la llegada del Radar Meteorológico Dopler Polarimétrico de Banda C modelo DWSI-3501C-SDP, único en Latinoamérica. Una torre de 20 m., con una antena de 4.2 m. (semejante a una parabólica), que emite ondas electromagnéticas en un área continua de 100 km². El Radar produce información detallada de la dirección y velocidad del viento y de la formación de nubes. Estos datos, sumados a los producidos por los aparatos en tierra, permitirán predicciones climáticas con un alto grado de confianza.

Como si metiéramos a los gemelos en un tomógrafo, para hacerles un TAC, los expertos visualizarán la estructura interna de los fenómenos atmosféricos. Podrán determinar incluso el tamaño de las gotas de lluvias, con lo que pueden predecir la cantidad de agua a caer en un lugar determinado con suficiente anticipación para ordenar evacuaciones en caso de ser necesario.

El Radar estará ubicado en el corregimiento de Santa Elena, en el lugar conocido como El Mirador, con comunicación directa con la Torre Siata. Desde allí emitirá sus ondas a todo el Valle de Aburrá y el oriente cercano, produciendo un cambio radical en la forma como nos relacionamos con los fenómenos naturales.

A través de internet, dispositivos móviles y televisión recibiremos información climática precisa 24 horas al día. Sabremos detectar a tiempo a Dr. Jeckyll o a Mr. Hyde. El conocimiento adquirido del comportamiento de los gemelos irá produciendo un nuevo cambio en nuestro carácter. Con el tiempo, seremos menos ingeniosos y menos desprevenidos, y entonces volveremos a disfrutar de la primavera con mayor intensidad, pues seremos más acertadamente conscientes de que no es eterna. ☪



Inundaciones en Fontibón



De vez en cuando los ríos de la Sabana olvidan esa obediencia sinuosa que los obliga a los recodos. Y se pierde el paisaje de los arboles que rayan la corriente con una rama encorvada desde la orilla. Ahora todo es un pozo pardo, una ciénaga presuntuosa que no luce bien sobre una llanura encumbrada.

Parece que algún ocioso hubiera inclinado el plano de la Sabana a lado y lado para sacar de curso al río y fastidiar a las vacas, a los caballos de la policía que pastan en los alrededores, a los aviones que aterrizan sobre la pista en los potreros al occidente de Bogotá, en el aeropuerto Eldorado.

Hace 100 años, según cálculos a mano alzada, el pintor Roberto Páramo miraba ese mismo paisaje desde algún altito cercano. *Inundación en Fontibón* es el título de dos óleos de buen tamaño, sin fecha y con una vista singular sobre la principal protagonista de sus cerca de 5.000 obras: "el alma melancólica de la gran llanura".

Páramo fue uno de los encargados de sacar la pintura colombiana de las iglesias y los palacios de gobierno. El ojo deslumbrado de los diplomáticos europeos les señaló los prodigios a los jóvenes pintores que no veían más allá de las láminas recién llegadas de los museos. A mediados del siglo XIX, los encargados de negocios de Francia e Inglaterra fueron pioneros en el viejo truco de sacar el caballete a la intemperie. Luego vendrían los pintores de la Comisión Corográfica que recorrieron el

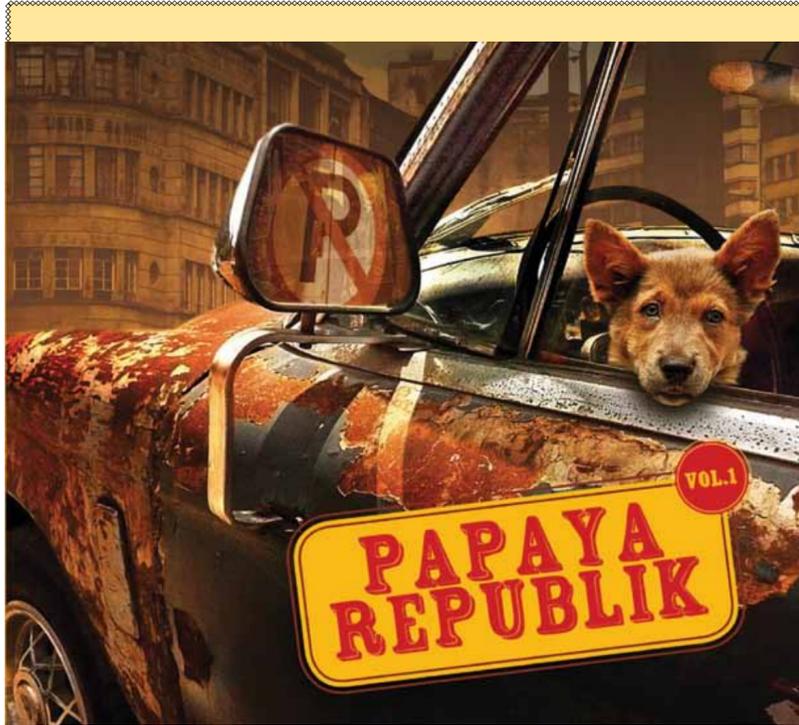
país con un atado de pinceles y una idea de Humboldt bajo el brazo: "la unión de ciencia y arte para el registro de la verdad".

Cuando llegó el siglo XX ya el paisaje era una obligación. En 1910, en la exposición del centenario en la capital, la mitad de las obras expuestas eran cuadros de la naturaleza. Y la Sabana de Bogotá era la más gris e inspiradora de las soledades: sombría para los románticos, luminosa para los recién convertidos al impresionismo, salpicada de ladrilleras y caminos de mulas para quienes necesitaban algo de color local.

Roberto Páramo fue uno de los pocos artistas de la época que no se embarcó rumbo a Europa. Dedicó sus caminatas y sus miradas a los alrededores de Bogotá y Tenjo, donde había nacido su esposa. Y llegó hasta Choachí, Sogamoso y Gigante en el Huila, donde un hijo lo llevó a conocer el calor.

Hace unas semanas los habitantes de Fontibón, Engativá y Kennedy protestaban por las inundaciones que cubrieron sus garajes y rebosaron el alcantarillado. Luego de la arremetida el agua estancada duplicó la imagen de los edificios hundidos. Las fotos en la primera página de los periódicos, tomadas desde los helicópteros, buscan encontrar la huella perdida del río, ordenar ese estanque sucio y desmañado. Sería imposible que a ras de agua alguien llamara paisaje al desastre.

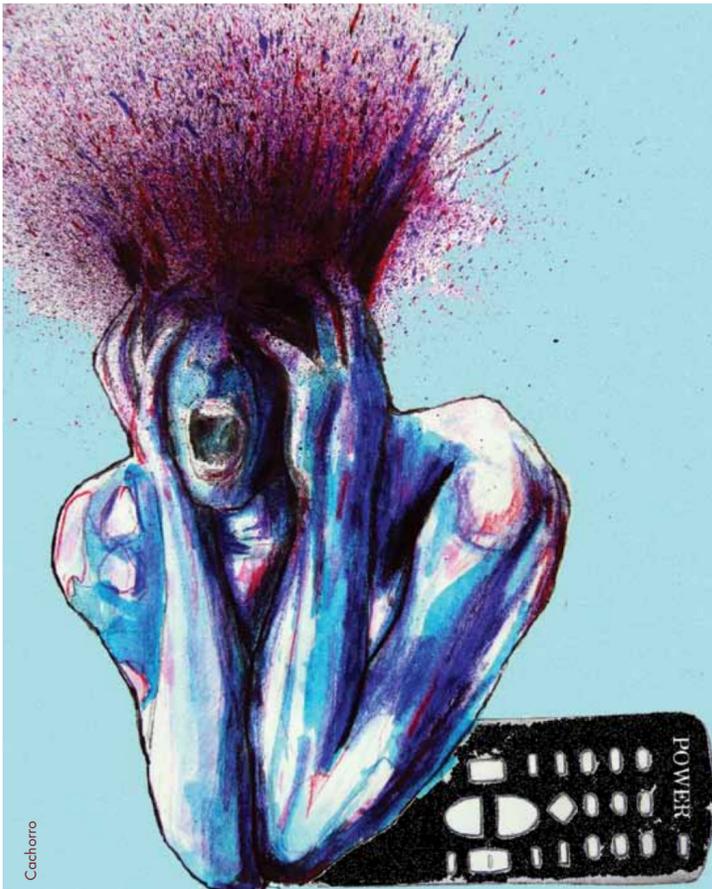
Luego de ver sus dos inundaciones en Fontibón queda una certeza: todo tiempo pasado fue mejor... al menos para los extintos pintores de caballete al aire libre. ☪



“Nada en la vida es gratis”, dicen; **menos, Universo Centro, y el Vol. 1 de Papaya Republik**, que puede bajar completo de nuestra página www.universoctrato.com La bailada tampoco se la cobramos.

En vísperas de la aprobación de una nueva jugarreta del gobierno contra los apabullados internautas colombianos, nosotros nos vamos por la vía opuesta. Regalamos un disco que no reposa en los anaqueles de la Sayco & Acimpro, armamos una especie de refugio contra el monopolio y nos deleitamos bailando música cadenciosa frente a una pantalla y un teclado, como si este medio fuera el último refugio para los esclavos, el palenque del siglo veintiuno. Quizá todos seremos enjuiciados y llevados a prisión algún día gracias a nuestros ilustrados y legales mandatarios, pero al menos hicimos la luchita y nos desquitamos compartiendo música realmente legal.

En tiempos de convulsión, Papaya Republik es el puente a nuestro escape de leyes represivas y explosiones de escándalos de corrupción (parece que el país na' más supiera de eso). Su disco homónimo es una fortaleza donde impera la crítica, la sabrosura y el desparpajo. La *street cumbia*, el porro, la electrónica y el bolero se conjuran en 12 canciones llenas de humor, aunados a un claro criticismo desde la ironía y la auto burla: “Breve La Vuelta” y “Culo e’ Vaina Jopo” son pruebas fehacientes de esta sentencia.



Una nueva entrega de A. Monterroso

2. Terror

Y cuando despertó, Jota Mario todavía estaba ahí.



andrea
katic
kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co

Siente...
tu Área

El ruido también contamina

nos movemos
por el **Aire**



Área Sostenible
Gestión ambiental metropolitana

Área
METROPOLITANA
Valle de Aburrá